bicioso de la Silla Eléctrica

L filo de la media no-che del 27 de diciembre de 1930, dos conductores de un silencioso camión tocaron el timbre de la puerta principal de los Grandes Labo-

ratorios Guggenheim, en la ciudad de Nueva York. Aquel camión estaba cargado de articulos para la planta, de productos químicos.

Les abrió la puerta un hombre joven, con una linterna, un reloj de sereno en la mano y unas llaves.

Los conductores del camión preguntaron por Harry Garr, el sereno de siempre, y les dijeron que se había sentido enfermo temprano y se había ido para su

Creyendo los changadores que el joven era un sustituto del se reno, lo siguieron al laboratorio. De repente el mozo giró en redondo con un revolver en la mano y ordenó a los dos hombres que se sentaran en una oficina pequeña.

En un abrir y cerrar de ojos, los amarraron fuertemente a las sillas y el mozo les anuació con calma que tenfa la intención de robarles y darles muerte a los

Uno de los conductores imploró tan desesperadamente por su vida, diciendo que tenía mujer e hijos, de quienes era el único sostán, que el joven del revolver se apiado.

-Bueno - les dijo entonces denme todo el dinero que tengan para escapar y les perdono la vida. Hagan de cuenta que han vuelto a nacer, porque hasta yo los daba por muertos.

Luego cerró la puerta de la planta de los laboratorios y desapareció en la oscuridad de la noche.

Los conductores del camión trataron de desatarse de las ligaduras que los tenían como soldados a las sillas. Después de casi una hora de forcejear, uno pudo zafarse y libertó a su compañero. Los dos corrieron desesperadamente a la calle y llamaron a gritos a un vigilante. Esta escuchó con calma la lustoria del robo y las amenazas de muerte y luego penetró en el laboratorio seguido de los dos conductores que avanzaban temblando paso a paso.

El vigilante exploró a tientas la pared, descubrió una llave eléctrica e inundó de luz el loboratorio. Al penetrar a una antesala pequeña, vió un horrible espectáculo. En el centro de la habitación estaba el cadáver de Garr, el sereno, amarrado a una sílla y cubierto en parte con hojas arrancadas de la guia del

teléfono. El policia corrió, entonces, al teléfono y dió a la estación cen-tral de policia de Nueva York, el primer informe del que serla luego el crimen más sensacional que registran los anales de la criminalidad moderna.

Inmediatamente llego ai ingar del suceso un piquete de detectives. En una mesita cerca dei ca-

dáver, quedaban restos de una comida liviana: unos sandwiches y café con leche. En una taza de porcelana había residuos de una fuerte dosis de cianuro de potasio. En el piso de la pequeña oficina había un revolver, cuya boca estaba cubierta de substancia pastosa, como mcotina, una mezcla de cianuro y café. El cañón mostraba indicios de haber sido metido a la fuerza en la garganta del serono. El examen de la garganta de Garr, reveló que la piel estaba desgarrada en la boca por el punto de mira del revôlver.

Las sospechas recayeron inmediatamente sobre algún empleado de Laboratorio o alguna persona allegada, porque Garr tenia fama de no dejar entrar desconocidos en los Laboratorios durante las horas de la noche. Se descontó que pudlera haber entrado por alguna ventana o puerta del sótano, pues todo el edificio estaba procegido por alarmas eléctricas contra

ladrones. Los conductores del camion examinaron las fotografías de todos los empleados y del monton escogieron una que se parecla al que los había asaltado. El retrato era de un joven l'amado James Baker, ex emplea do de la fábrica.

Los detectives averiguaron por medio del capataz del Laboratorio que Baker vivia en una casa de vecindad en la calle-167 East de Nueva York, y ha-

cia alli corrieron, sólo para descubrir que el pájaro había vo-

La habitación ofrecía pruebas de ser el albergue de un loco degenerado. En un laboratorio en miniatura había infinidad de frascos de veneno, y en las paredes fotografias eróticas homosexuales.

Los frascos tenían todos etiquetas falsas con nombres de bebidas corrientes, y en la cama había un maniqui de tienda totalmente quemado con cigarrillos y pinchado con alfileres.

Infinidad de vestidos y prendas de mujer llenaban los cajones de los muebles.

Después de aquello, la identificación de Baker como asesino de Garr fué cosa fácil. La taza en la que fueron mezciados el cianuro y el café mos-traba evidentes huellas digitales que coincidían con las de James Baker.

Transcurrieron días, semanas, meses y recién al cabo de un año, cuando ya parecía que el crimen estaba a punto de perderse en el olvido, cambió la situación.

A fines del mes de enero de 1932, el policia judicial Thomas Smith, de la fiscalia de Nueva York, fué enviado a Detroit para conducir un reo.

Hallandose Smith en el recinto de detectives de Detroit, se mencionó que los pesquisas lo-cales no perdían de vista a un hombre contra quien no tenian acusación concreta, pero que debia ser "algo", pues vivia como "esperando que fueran a arrestarlo".

Vive en una finca de las afueras y persigue con ojos depravados a las mujeres, informaron a Smith.

El hombre de Nueva York, en compañía de otro de Detroit, fué sigilosamente al cuchitril donde vivia el sospechoso. Nada encontraron que les llamara la atención, fuera del recorte de un periódico con la fotografía de un hombre, que guardaron como futura refe-Cuando el detective judicial

egreso a Nueva Fork entrego el recorte a la policia secreta. Era un retrato del buscado James Baker (a) "Texas Jim", el diabólico matador del sereno Garr. Inmediatamente notificaron a la policía de Detroit

que se apoderara de él, vivo o

Esa misma tarde sin dificultad alguna fué detenido Baker, que iba persiguiendo a una

los, alegre y despreocupado, como si su conciencia fuera la de un hombre justo.

Hasta parecia contento de haber caído en poder de la policía, y bromeaba con los pes-

Sentado en la jefatura de policía de Detroit, narro detalla-damente cómo había dado muerte de Garr, y refirió su iti-nerario después del asesinato.

Les había quitado unos cuantos dolares a los hombres del camión y con ese dinero se escondió una cuantas semanas en una casa de huespedes de New Jersey, y cuando amaino un poco la persecución, se trasladó a Detreit y se conchabó de mozo de labranza en una finca de las afueras, donde vivió hasta el día de su detención.

Los detectives Horey y Fitz-patrick, de la brigada "Homi-cidios" de Nueva York, fueron enviados a Detroit para traer a Baker a la isla de Mannattan. Los dos detectives salvaron sus vidas y frustraron la fuga de aquel endiablado asesino, al registrarlo por segundo vez cuando ya estaba el tren en mar-

¡Cual no sería el asomoro de los detectives, al descubrir en poder del detenido un revolver cargado y un cuchillo de caza de siete pulgadas!

De qué manera obtuvo Baker aquellas armas es todavía un misterio, pues había sido registrado cuidadosamente antes de ser entregado a los detectives de Nueva York.

El preso confeso francamente que había pensado matar a los dos guardianes, pero se nego terminantemente a informar cómo había entrado en posesion del revolver y del cuchillo. Baker sonrió cuando lo condujeron a presencia del jefe de

policia de Nueva York, y sentado comodamente en un sillon de cuero, después de pedir un eigarrillo, conto detalladamente. la muerte del sereno, Conto con sinceridad ason brosa cómo habia hecho una amigable visita a Garr y cômo charlaron un girls de los teatros. Luego sorprendió a Garr y lo obligó a beberse tres tazas de café en las que había volcado cianuro. Amguna de las tres veces - confeso el criminal - el sereno pudo retener el brebaje, al ver lo cual, lo amarro fuertemente a una silla y con la culata del revolver rompió un trozo de cianuro en pedazos pequeños e

LARSEN

introduje uno de esos pedazos en la boca de Garr, luego con el cañon del revolver logré que se los tragara. Esta vez para impedir que arrojara el veneno le meti una gorra en la boca y me puse a verio morir. Garr chillaba y aullaba, pero yo sa-

bía que sus gritos eran inúti-les, pues el laboratorio está construido a prueba de ruidos por los experimentos delicados que en él se practican. Cuando acababa de morir Garr sono el timbre de la puerta y yo... El jefe corto el cínico relato

bre sereno. muscular, que amarraba tan poderosamente a los hombres y sobre la cual los detectives ha-

del asesino porque la policía ya sabía lo demás. Baker tomó el libro de teléfo-nos de Nueva York y lo rom-Según Baker, el deseo de ver sufrir a su victima fué el único pió en dos con sus manazas

enormes, regando el piso de la jefatura con las hojas soltadas. mévil de su crimen. No tenía ningún rencor personal contra Garr, ni deseo de robarle. Solamente quiso ver padecer al po-Para demostrar su fuerza

Recordaron entonces los policías que cuando fué descubierto el cadaver de Garr, se hallaba cubierto con hojas de una guía telefónica. El asesino resultó el más valioso testigo

del Estado contra sí mismo.

como una hazaña que le daria un puesto de honor en el templo del crimen. Fué juzgado por el magistra-

do Mott y cuando su abogado pidió la pena de reclusión por ser homicida en segundo grado, Baker se levantó furioso y exigió la pena de muerte. ¡La silla eléctrica! ¡La silla eléctrica!, gritaba, mientras los guardianes lo arrastraban.



VANDO Fernández ter-minó de transportar hasta el ribazo la carga del bote, exhaló un suspiro de alivio. Después, a fuerza de pufios, varó la embarcación sobre los menudos guijarros de la playa y la amarró a un estacón de la orilla. Se sentó un momento sobre la alfombra turbosa del pastizal, se secó el sudor que le inundaba la frente, sacó la chuspa de cogote de avestruz y tió parsimoniosamen-te un cigarrillo. Mientras lo encendía, miró hacia el poniente, por donde iba escapándose el sol. Por abajo, en las hondona-das, iba extendiéndose una oscuridad neblinosa y pesada como si has sombras buscasen conjunción con las inmóviles aguas del

Martin Fernández se sintió satisfecho y feliz después de la faena realizada. Esta satisfac ción era compartida también por los perros Breno y flip, que adraban alegremente, acuciados por el eco de sus propios ladridos que iban rodando de risco en risco. Fuera de estas manifestaciones retozonas de los dos animales, ningún otro ruido alteraba la calma sepulcral de

"La casa", estaba a unos cien metros de la orilla. Era una chosa relativamente amplia, construída con troncos y barro, orientada hacia el norte v recostada contra la base del cerro boscoso. Unos metros más allá, la selva austral iniciaba su ascenso hacla las nieves eternas. Los últimos rayos solares se quebraban en los picachos en-cundados de hielo que emergian del occano vegetal.

Pocos viajes realizó Fernándes desde el ribazo hasta la chosa para transportar la carga. Tres cajones de sarnífugo, tabaco, viveres secos, municiones, ropas y algunas herramientas. El trabajo mayor estaba hecho. Una remada de cuatro horas dende Punta Pájaros. Pero estaba contento. La lana de la majadita, negociada con el agente de la barraca y transportada dias antes en la barcava de su amigo Thompson, le había producido sus descientas libras contantes y senantes, descontando la remesa de mercaderías traidas en la fecha desde la factoria de Zúñiga. Ahora, a espe-rar tranquilamente el invierno; cuidar los animales internandolos convenientemente en lugares de abrigo y esperar las grandes nevazones que fertilizarian la tierra, haciendo surgir el pasto tierno para la parición de pri-Ras se multiplicarian venturosamente para ofrecer a la tijera insaciable el caudal de la lana inmaculada y sedosa.

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás, sino que posefa condicion se excep cionales para aquel ginero de

Cuando terminó de transportar todo a la cabaña, encendio la chimenea, practicada en la misma base del cerro y que hacia de estufa y fogón y preparó la cena. La carne de capón, crepitaba despidiendo un tufillo apetitoso que hacía bostezar a los perros.

Pocas eran las necesidades del solitario poblador. En consequencia, las manifestaciones de su sibaritismo eran de lo más sobrio y primitivo. Una cama de cueros de oveja, algunas mantas, una mesa hecha con tablas de cajón y algunos es-tantes donde se alineaban frascos, latas y objetos varios. El infaltable winchester pendía de un clavo sobre la chimenea.

Algunos detalles acusaban, no obstante, ciertos gustos refinados del ovejero. Por ejemplo, el retrato de una actriz cinematota, clavado sobre el tabique y apergaminado por el humo, y algunos libros alineados en un rincon del estante. Un tratado de medicina práctica, los "Ennovelas y una Biblia, magnifico ejemplar encuadernado en cuere negro, con broches dorados. La presencia de tal pieza bibliográfica en poder de Fernández





puede aclararse el punto explicando que se trataba del regalo de un escocés, capitán de un barco, que Fernández recogió borracho perdido una noche en una calleja de Talcahuano en momentos en que una tropa de rotos pretendía desvalijarlo. El escocés invitó a Fernández » comer al día siguiente en el velero. Se emborracharon decorosamente y el yoni agradecido, le regaló el libro santo.

El agradable olor de la carne asada invadia totalmente el interior le la cabaña a tiempo que Fernández terminaba de acomodar. Desenvainó el cuchillo y fué cortando las tiras jugosas. Comía despacio y de pie, repartiendo los "tarascones" entre el costillar y una dorada galleta

marinera que sacé de una bolsa coigada del tablque. De cuando en cuando le pegaba algún beso a la botella del whisky, colocándola de nuevo sobre el estante. Breno y Flip también participaban del festin entre significativos grunidos y ale-gres movimientos de cola.

Mientras comía, evocaba Fer nández, su vida pasada. Una madrugada, ya hacía algunos años, se encontraba en Rivadayia y Callao, donde pudo comprobar que había efectuado un descubrimiento trascendental: en el bolsillo de su pantalón quedaban cinco pesos, los últimos de la herencia patrimonial.

Hasta entonces había sido un mocito rana de esos que se emborrachan en los cabarets y se

sienten bravos cuando saben que han de sujetarlos. Lo subyugaban los tangos cantados con tono quejumbroso, donde se llorabas los desvios de la

"mina" y se hacfa la spología del hospital, de la cocaína y de

la cárcel. Fumaba cigarrillos

rubios, trataba de che al lustrabotas y al chôfer, sabia boxear, remar y ponerse triste y agresivo, indistintamente, cuando se emborrachaba.

Esa madrugada, después de haberse dejado en la mesa de poker los últimos miles de pe-

chas cosas más; pero de aquella a quien bus-

caba y cuyo espíritu parecia flotar en la habi-

De pronto pensó en la dueña de la pensión.

Corrió, escaleras abajo, hasta llegar a una puer-

ta que dejaba escapar una franja de luz. La mu-

ler apareció, en respuesta a su llamado. El tra-

-¡Quisiera decirme, señora, -rogó- quién

-Si, señor. Voy a decirselo otra vez. Fueron los Sprobs y los Mooney, como ya le dije.

Miss B'retta Spromb era su nombre de teatro,

pero privadamente se llamaba Miss Mooney.

-¡Cômo era el aspecto de Miss Spromb? -

-Y ... Tenia pelo negro, senor, baja, grue-

-Un caballero soltero, que se fut debiendo

una semana. Antes estuvo Mrs. Crowder, con

sus dos chicos. Ocupó el cuarto por cuatro me-

ses. Anterior a ellos estuvo el anciano Mr. Doyle.

cuyos hijos pagaron por el. Esto se remonta a

El le dió las gracias y se dirigió, arrastrándose

hacia su cuarto. La esencia que lo había hecho

revivir no existia ya. El perfume de "Mignonet-te" había desaparecido. En cambio, persistia el

viejo olor a madera y a sótano. La muerte de

su esperanza lo agoto por completo. Se sento.

contemplando la amarilla luz del gas. Inmediata-

mente fue hacia la cama y rasgó las sábanas en

tiras. Con la hoja de su cuchillo las introdujo

en todos los intersticios, alrededor de las ven-

tanas y de la puerta. Cuando todas las rendija-

estuvieron obstruídas, abrió la llave del gas, per-

sa. con una cara muy cómica. El martes hace

-iY antes que ellos? ¿Quién vivió aquí?

un año atras, señor, y ya no recuerdo más.

tó de disimular su agitación lo mejor que pudo.

ocupó la pleza antes de que yo llegara?

tación, no había ningún rastro,

Mi casa es muy decente...

interrumpio el hombre.

una semana que se fué.

A la mañana siguiente, Fernandez era otro hombre. Pre-sentóse en la Dirección de Territorios Nacionales donde procedieron a alistarlo. El tramite era sumarfsimo. Casi ni documentos se necesitaban para constituir aquella especie de legión de desesperados, de arrumbados de la vida que se iban a vigilar presidiarios al extremo

sos, decidió su destino un car-

tel pegado en el muro de una

confitería. Leyó, al principio por

hacer algo mientras esperaba el

tranvía. Lo releyó con interés.

En el cartel se pedían reclutas en el Ministerio del Interior

para enviarlos como gendarmes

de guardias de carcel al presi-dio de Tierra del Fuego.

El servicio de guardia de car cel lo aburrió bien pronto. Decididamente él no servia para pasearse con un fusil al hombre vigilando desdichados. Un buen día se coló de polizón en la bo-dega del "Armando", el minúsculo y temerario amago de paquete que durante cuatro lustros cabalgó sobre las borrascas del Beagle en su ininterrumpido servicio semanal entre Magallanes y Ushuaia.

Desde Tacna hasta Cabo de Hornes no hubo remelienda dende Fernández no danzara, ni boliche donde no hubiera probado la capacidad de los vasos. Pasó de nuevo a territorio argentino por los desfiladeros de Ultima Esperanza. Cansado ya de vagabundear sin provecho, empezó

Por último, se interno por las gargantas del Lago Argentine en busca de campo para asenta: un rancho y largar una majada Caducada la concesión de ui lote allende el lago, en las es tribaciones cordilleranas, rica en pastos, gestionó su adjudica ción por intermedio de un agen te en la capital del territorio. concesión no se hizo eseprar El goblerno argentino en aque lla época estimulaba la acción de los pobladores arriesgados. allí se instaló, con el caudal in menso de sus 25 años, una ducida tropilla y dos perros. E yoni Thompson, que conoció el Natales regenteando un salade ro, le proporcionó unas ovejita: en aparcería.

trabajando de peón y adquiris baquía en el oficio de ovejero

Renovado totalmente, el hom bre se sintió otro. Llegó a re cordar con lástima a los pobre tipos que corren por el asfalti para treparse a los tranvias, qui almuerzan café con leche y que se extasian escuchando tango llorones. Recordó a Buenos Ar res y sintió algo así como asco

Texto de la carta confiden

cial y en clave que el presiden

te de la Compania Ganadera ; Forestal recibió de su adminia trador general en Magailanes "Participo absolutamente de si opinión, señor Presidente. El sujeto Fernández es un vecino incômodo. Ha consolidado si ocupación en el lote y han fra casado todas mis tentativas pari hacerlo entrar en razón. No s aviene a las insinuaciones de la Compañía en el sentido de en ajenar sus derechos mediante ui estipendio razonable, que podru cobrar, como otros, cómodamen te en Buenos Aires con tal de seguir figurando en nuestros li bros como ocupante legitime El hombre es irreductible, y como es preparado, también e peligroso. No sería difícil que ne sólo no se conformara con si actual concesión, sino que e capaz de arrebatarnos otro lot en medianería con algún socio Precisamente, tengo entendido que es muy amigo de Thomp son, el fletero. He pensado, se nor Presidente, de acuerdo con los pedidos de consejo que uster me formulara y que nucho mi honran, que hay un remedi-

ponerle, que, por providencia coincidencia, mi recomendad se llama también Martin Fer nández ..." A Fred Thompson le caus alguna extrañeza no encontra a su amigo Fernández en Ba hía Negra en ocasión de reali zar la anunciada visita para li parición. Fernández había des aparecido, pero había en su tu gar otro poblador que decía ha berle adquirido a Fernandez 1 concesión, ya que este había de

sencillo para evitar que Fernán

dez siga su penetración en nues

tros dominios. Yo dispongo de

un poblador, hábil ovejero, mu;

adicto nuestro, que no tendrís

inconveniente en ir a poblar e

lote que actualmente ocupa Fer

nández. Para mejor comprensión

del señor Presidente, debo ex

Bah, se dijo el inglés, est muchacho es tan loco que deb haberse aburrido. Siempre I tuve poca fe para este género de

terminado irse a Valparaiso.

vida. Si el inglés Thompson pens algo más sobre la desaparició de Fernández, es cosa que nun ca pudo probarse, pues poc tiempo después perecía ahogad al regresar una noche borrach de Punta Pájaros a bordo de s chalupa. Es decir, se supuso qu habria muerto ahogado, ya qu pruebas indubitables habia d ello, pues si bien su cuerpo s habria ido al fondo del lago, l embarcación apareció cerca d La Embocadura. El yoni er muy temerario al empeñarse e: cruzar el lago de noche y borra cho, para dirigirse a su ranch

En la oficina de Tierras Colonias no ocurrió nada d particular. La concesión 16, ze na B, de 5000 hectareas en Bs hia Negra, la seguia usufrut tuando Martin Fernández, qu abonaba honrada y escrupulosa mente al fisco los boletos d pastaje.

en Peninsula Dawson.

mento y lo aplastó con el taco. Encontró mu-

N el West Side, un distrito de ladrillos rojos, existe un grupo de habitantes inquietos, inciertos nómades de corazón y de sentimientos. Cantan "Ho-gar, dulce Hogar" en tiempo de "rag" y llevan sus utensilios domésticos en una caia de

Una noche, llegó a esta población, un joven forastero, que permaneció largo rato llamando sucesivamente en varias de aquellas "mansiones" rojas. Al llegar a la décimasegunda se detuvo, apoyó su maleta en el umbral y quitó el polvo a su frente y a su sombrero, con ademán cansado. La campanilla sonó desmayada y lejana, en alguna sórdida profundidad. Apareció en la puerta la dueña de la pensión, una mujer flaca, enfermiza, fea. El preguntó si había alguna pleza disponible.

-Pase -dijo la mujer -. Tengo un cuarto en el tercer piso. Esta desocupado desde hace una semana. [Quiere verlo?

El hombre subió las escaleras, siguiéndola, Una débil luz, que venía no se sabe de dónde, mitigaba las sombras de las paredes. Caminaron sobre la alfombra que cubria la escalera. Sus pasos no se ofan. La alfombra era como otra vegetación agregada al triste y oscuro musgo que cubria, a trechos, la escalera y que se percibia: pegajoso, debajo de los pies. En cada descanso se veia un nicho que alguna vez pudo con-

tener plantas. Pero las plantas hubieran rehusa-

do vivir en ese turbio ambiente. -Esta es la pieza -dijo la dueña de casa-. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor. Los Sprombs y los Mooney vivieron aquí tres meses, durante la representación de su "vaudeville". Ud. habrá oido hablar de Miss B'retta Spromb. Su certificado de matrimonio está colgado alli, arriba del escritorio. El gas està aqui. Este cuarto les gusta a todos No permanece desocupado mu-

- Hay mucha gente de teatro hospedada aqui?, preguntó el joven.

-¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro. Si, señor, este es el distrito teatral. Los actores nunca están fijos en ninguna parte. Sí. Van y

El hombre tomo la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba consado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida. Cor o el dinero. La mujer dijo que el cuarto estaba preparado de antemano y aseguró que no había omitido ningún detalle; ni las toallas ni el agua. Cuando ya se retiraba, el forastero le dirigió la pregunta que cien veces había acudido a sus labios:/

-Una jovencita -Miss Vashner... - Miss Elotse Vashner... ¿Ud. no recordaria de haber oido este nombre entre algunos de sus pensionistas? Probablemente canta en algún teatro. Una hermosa joven, de estatura mediana, esbelta, de cabello dorado. Tiene una mancha oscura cerca de la ceja izquierda...

-No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de babitación. No tengo idea de quién pueda ser.

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De dia interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros y buscaba entre los cuerpos de batle; a la noche pasaba de los teatrillos a los cafetines le tan baja categoria, que le hactan temer la posibilidad de una contestación afirmativa. La naba mucho. Tenia necesidad de hallaria. Estaha seguro de que ella se encontraría en alguna

> ILUSTRACION DE GUIDA

parte de aquella ciudad grande y aturdida. Desde que abandonara el hogar, no la había vuelto

Se reclinó, cansado, en una silla, echando una ojeada a su alrededor. Sobre el papel chillón de la pared, aparecian esos cuadros que se ven en todas las casas. Los rebuscados contornos de la estufa, desaparecían, poco gloriosamente, debajo de un lienzo arrojado con descuido. Encima de ella se veian, como desolados restos de algún buque naufrago, unos floreros insignificantes, retratos de artistas, un frasco de medicina y unas cuantas barajas escapadas de cualquier mazo.

En cada una de las marcas, que la procesión de huéspedes habria ido dejando tras de si, descubria un significado. En la policroma alfombra,



que mas se asemejaba a un islote florecido, habia un espacio deshilachado, frente al tocador, lo que sugeria que muchas mujeres habían caminado sobre ella. Diminutas impresiones digitales que había en la pared, habiaban de pequeños prisioneros. Una gran mancha brillosa evidenciaba que alguien había estrellado una potella, o un vaso, con su contenido, en la pared. En el espejo se veia, grabado con un diamante, el nombre de "Marie". El moblaje estaba estropeado; el camastro, con sus muelles desvencijados, parecia un monstruo muerto después de una terrible convulsión. A la estufa le faltaba un gran pedazo de marmol. Parecia imposible que todo este daño hubiera sido causado por aquellos que, circunstancialmente, llamaron "hogar" a ese

El hombre sentado en la silla, dejaba que todos esos pensamientos desfilaran por su mente, mientras llegaban hacia el, provenientes de otras pieras, determinados sonidos y determinados perfumes. Risas. Monólogos. Canciones de cuna, Algún llanto aburridor. Abajo, un banjo pulsado con brios. Puertas que se batian. Un gato aullaha en una verja. Respiró el propio ambiente de la casa: un frio, mustio efluvio, un olor a caverna, mezclado con exhalaciones de linoléum y de

De pronto, el cuarto se inundó con un dulce y potente perfume de "Mignonette". Habia algo vital en ese perfume: era casi material, casi tan-

gible. El hombre dió un grito. Le pareció que alguien lo había llamado.

-¡Qué, querida? - pregunto, mirando anslosamente en torno. El perfume lo envolvía, suavemente. Alzo sus brazos como si hubiera querido alcanzarlo.

-¡Ella ha estado aqui! -exclamó-, y comenzó a revolver el cuarto, buscando afanosamente alguna confirmación a sus palabras. Sabia que reconocería el objeto más pequeño que ella hubiese tocado o poseido. Ese envolvente perfume de "Mignonette"; la esencia que ella había adoptado ¿de dónde venia?

El cuarto habla sido ordenado solamente en apariencia. En el tocador encontró algunas horquillas. Pero las horquillas son todas iguales. Todas las mujeres usan las mismas. Abrió un cajón y sacó un pañuelito viejo, desgarrado. Lo acercó a su rostro. Olia insolentemente a heliotropo. Lo tiró, brusco, al suelo. En otro cajón encontró botones, un programa de tentro, una boleta de empeño y un libro sobre la adivinación de los sueños. En el último cajón del tocador, había una cinta negra, para el cabello. Sintió que el corazón le saltaba con fuerza dentro del pecho. Pero las cintas para el cabello también son comunes como las horquillas y no refieren nada. Cerró el cajón con un golpe y comenzó de nuevo a recorrer el cuarto, desesperadamente, deslizando las manos por las paredes, registrando las mesas, la estufa, los cortinados, buscando febrilmente algún indicio, sin saber que ella estaba allí, en todos los rincones, alrededor de él, contra él, enroscándose a su cuerpo. llamandolo perentoriamente. Esta voz fue lo único que' pudo indicarle la presencia de ella. alli. Una vez más contesto: "¡Voy, querida!" Y se volvió, con la mirada extraviada, sin ver nada, porque todavia no podía columbrar forma, ni color, ni amor en el perfume de "Mignonette". - Oh, Dios! -gimio-. Desde cuando tie-

nen voz los perfumes? Escarbó, enloquecido, en todas las hendijas, en todos los orificios, sacando de alli, corchos y cigarrillos. A éstos les prestó poca atención. Pero, al hallar, en un pliegue de la alfombra, un cigarro a medio fumar, lanzó un terrible jura-



mitiendo que este saliera con toda su fuerza. Después se tendió en la cama. En esa noche le correspondia a Miss McCoo! el ir a buscar cerveza al sótano. Una vez lleno el jarro, se sentó con Mrs. Purdy en uno de los retiros subterráneos, punto de reunión de las

-He alquilado de nuevo el cuarto del tercepiso, esta noche - dijo Mrs. Purdy, a través de un gran circulo de espuma que rodeaba su boca. - Un joven lo tomó. Hace dos horas que

se acosto. -¡Oh, señora! ¿Lo alquiló? - dijo Miss McCool, con inmensa admiración. Ud. es maravillosa. No resulta muy fácil alquilar un cuarto como ese. Le contó a él?.. murmuró misteriosamente.

-Las pieras -dijo Mrs Purdy- se amueblan para alquilarlas. No. No le conté "aquello". a el. Miss McCool.

-Ha hecho blen, señora. Gracias a las plezas amuebladas podemos mantenernos. Hay mucha gente que se negaría a tomar ese cuarto si le dijeran que en la cama del mismo se suicidó -Como Ud. dice, tenemos que vivir de algún

modo - observó Mrs. Purdy.

-Si, señora: es verdad. Hoy hace justamente una semana que yo le ayudé a Ud. a arreglar ese cuarto. Ella fué muy tonta al suicidarse con el gas. Era muy bonita. -Se la consideraba hermosa, como Ud. dice,

concedió de mala gana Mrs. Purdy. Pero esa mancha que tenla le desfiguraba un poco la ceja izquierda. Llene su vaso otra vez, Miss McCool POR

CRITICA REVISTA MULTICOLOR - Mayor circulación sudamericana Buenos Aires, Noviembre 11 de 1933

Promesa

ON su ollita de locro guardado de la noche anterior, salió tempranito la chinitilla arriando una veintena de cabras y ovejas que eran todo el patrimonio del rancho. Una chiva rosada grandota encabezaba como de costumbre el pelotón. Casi arrastraba su vientre el animal ya alumbrado por dentro con el milagro de una nueva fecundación. A la zaga dos perrillos humildes y flacos como un silbido, marchaban como dandose el aire de ser hábiles ovejeros.

El rancho quedó atrás bien pronto y los animales apenas se encontraron con el abra del pajonal reverdecido por delante, se dieron a retozar de lo lindo, Los perrillos creían de su deber poner orden a la desordenada caravana v ladraban sin ten ni son, corriendo de un lado para otro, La Damiana intervino entonces, gritando con todas sus

-; Rompefierro ! ; Rompefie-Sultan! Picho, pichito,

Los caschecitos al oir esa voz se volvian soplando la tierra con sus narices humedecidas por el aire de la mañana. Horas y horas se distraía la zagala con sus nobles compañeros. Hacia mediodia, después de haber muerto su tiempo entre vistazo y vistazo a la pequeña tropa y hondeando pajaritos con su gomera, la Damiana se sentaba a la vera de un algarrobo que le ofrecia sombra y fragancia de los frutos maduros. Sacaba su merienda y al es parcirse el grato olor de la olli ta con locro, los perrillos se entian más retozones que nunca. Como unos chiquillos hacían a la zagala toda suerte de fiestas. moviendo su cola y los ojillos vivarachos

-¡Tatita! ¡Tatital ...

Hinchados los ojos, comendo seguida de los perritos, llego la Damiana al rancho y no se cansaba de repetir, mientras buscaba per todas partes a su abue-

-Tatital Tatita! Tata viejo? Donde esta? Don Juan de Dios aparecio tranquilo, sin preocuparse de la alarma de su mo-

Se atragantaba en solloros la chiquilla, hasta preocupar al viejo, que ex-

-Pero, ¿qué te pasa, criatu-

ra de Dios? ¿Qué tenis?... Sin dejar de llorar, la Damiana se hizo entender como pudo diciendo que se le habían extraviado en el monte varias de las cabritas que llevara por la manana a pastar, como de costumbre. Con los ojos humedecidos, sollozando, la Damiana busco humildemente los brazos de su abuelo y se refugió en ellos cohibida por la desgracia. Don Juan de Dios la atrajo con lastima. La arrimó bien cerca y la spret6 amorosamente contra su

-Y, bueno - le dijo, stn mos-trar preocupación. - Al pobre nunca le faltan nanas y a veces vienen todas juntas. Ya ves: de Tucumán escriben diciendo que tu pobre tata está enfermo y que la Celedonia es quien tiene que ir al surco afiebrada, a pelar la caña, con el agua hasta las rodillas, para ganar el jornal de su marido y no morirse de ham-

La chiquilla, sin comprender, se quedo dormitando entre los brazos amorosos del abuelo y al cabo de un rato, como si despertase con una idea genial, iluminada la cara y acariciando la barba del viejo, le dijo:

-1Y si le hiciésemos una pro-mesa a la Telesita, tata viejo? Don Juan de Dios abrió tamaños ojos, extrañado de la inspiración de su nieta y luego, aceptando la propuesta en su interior, pensó que era cierto que la Telesita había hecho siempre esa clase de milagros, es decir, que había ayudado a los pobres en cuanta desgracia de esta naturaleza se les presen-

Don Juan de Dios se dispuso a obrar. Poco después, ante la mirada cariñosa y esperanzada de su nietecita, el viejo hacía fervoroso esta promesa:

-"Santa Telesita milagrosa: Te efrezco la fiesta más linda y alegre si consigues que vuelvan los animalitos de mi Damiana. Somos pobres, muy pobres, San-ta Telesita. Tú bien lo sabes y seres la única que puede ayudarnos" ...

Al día siguiente se hicieron los preparativos para la fiesta. Se iba a echar, como se dice, la casa por la ventana. Don Juan de Dios en persona remojó la algarroba para la aloja. La Damiana seguia con interés cada vez mayor los tragines. No se cansaba sin embargo de echar un vistazo hacia el monte cercano, a ver si aparecía la majada

Pero toda la fe de aquellas sencillas almas estaba puesta en el milagro de la Telesita, diosa de la alegria, protectora de los pobres. Cuando se supo en los ranchos vecinos lo de la promesa, todos la aprobaron. Demasiado sabían aquellas rudas gentes que la Telesita no podía dejar de hacer el milagro que se le pedia. La Telesita, según se sabia desde tiempo inmemorial, fué una joven morena que, tocada el alma por un desengaño amo roso, se había dado a vagar por la selva y los pequeños pobla dos, siempre en procura de al guna fiesta. Buscaba los bailes y era incansable cuando se entregaba a ellos. Y diz que cuando murió, su alma siguió errante, siempre detrás de las fiestas camperas. La Telesita, tanto en vida como después de muerta, tuvo el don de la ubleuidad, de tal suerte que tanto podía asistir a una fiesta en Los Copos lejanos, como a una en Sumampa, distancia opuesta y a muchas leguas un punto del otro. Por eso cuando murió, las gentes sencillas la erigieron en d'osa de la alegría, embelleciendola en la leyenda dulce e inmortal. Cada vez que se perdia un animal u otro objeto de valor, una fiesta a la diosa morena, una 'e lesiada en su homenaje, agrandaba la fe de los paisanos. Sus milagros eran incontables.

El patio del rancho de Don Juan de Dios se lleno de alegres convidados. En grandes tinajas de barro cocido rebasaba la aloja para todos los gustos: desde la llamada "agua muerta", que es lo que en coctail denomina-mos "seco", la más agarradora, hasta la dulce alcía como refresco que las mujeres paladeaban sin temor de emborracharse. Aguardiente de Catamarca y vino morado, completaban la pro-

> de Dios, como promesante, se dispuso a cumplir el rito an te la expecta tiva general Cruzo el patio y eligio para panara en calidad de madrina, la más buena meza de las niñas, Luego llevó a ésta de la mano hasta el centro y levantando la copa de aguardiencomo era obligacion, pronunció estas palabras:

Don Juan

- | Santa Teresita milagrosa: velaquí a fiesta que te doy pa que me hagas aparecer los animales perdi-

Sonaron el acordeón y el bombo camperos y a la voz de táura! la pareja alzo los brazos como en un vuelo suave y mu-

En cada vuelta de la chacarera, Don Juan de Dios cumplió con el rito impuesto por las circunstancias bebiendo su copa repleta de aguardiente. La madrina hacía otro tanto mojando los labios en un jarro de rica

Después se generalizó el baile. En un rincon, sobre un apero de los tertulianos, la Damiana, que presenciaba la fiesta, se quedo dormida...

Hacia el amanecer, Don Juan de Dios, influenciado sin duda por su fe, se quedó pensativo. afirmado a un horcón de quebracho, apartado de los demás Es que en ese instante le pareció presentir el espíritu de la Telesita. En la fiesta había algo así como un aire de misterio, tanto, que el sencillo hombre se quedo como extasiado. seguro de que aquella debía estar en la rueda de la alegre zamba, bailando sola, haciendo crugir las enaguas almidonadas bajo la amplia pollera de vivos colores, con el cántaro de barro a la cadera, como diz que solfa aparecerse ...

Y Don Juan de Dios pronunció de nuevo, entre dientes, el reclamo fervoroso: "Santa Telesita milagrosa, madrecita de mosotros que somos tan pobres: haceme aparecer las cabritas de mi Damiana".

El bombo y el acordeón continuaban esparciendo sus notas dulzonas, alternando de vez en vez con las coplas decidoras de

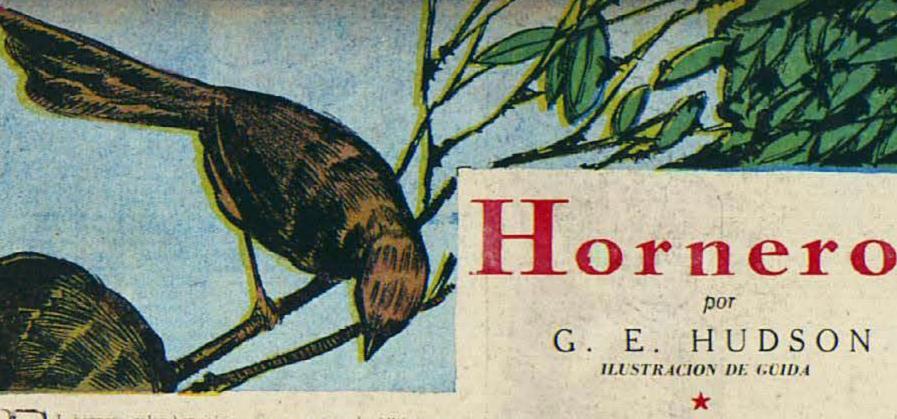
Poco rato después, el sol asomaba redondo y luminoso a ras del suelo, alla en el horizonte y al clarear más el día, alguien descubrió cómo desde un montículo asomaban las cabritas de la Damiana... Encabezando el pequeño escuadrón, venía la chi va rosada, que caminaba a gatas bajo el peso de su vientre próximo a dar a luz.

La Damiana despertó con la algazara producida por el mi-

Una última zamba para todos rezongó el acordeón, mientras los pájaros confundían su vocinglerio sobre la copa de los algarrobos con los cantos del paisanaje en fiesta:

"La dicha de los pobres dura un instante viva la Telesita la diosa errante".

POR



L nornero color bermejo es una especie conocidisima en la Argentina, y, donde se le encuentra se vuelve un predilecto del público, a causa de su familiaridad con el ribie, su voz fuerte, vibrante, alegre, y de su maravilloso nido hecho de barro, que prefiere construir cerca de una vivienda humana, a menudo sobre una cornisa, sobre una viga saliente o sobre el techo de la

Es el hornero un pajaro pequeño y fornido, dotado de un pico fino, ligeramente encorvado de casi una pulgada de largo, y de fuertes patitas apropiadas a sus hábitos terrestres. El plumaje superior es de color uniformemente bermejo-marron, de colorido mas brillante sobre la cola; la superficie inferior es ligeramente marron. Se le halla por todo el territorio argentino hasta Bahía Blanca por el Sur. Se le denomina generalmente Hornero o Casera; en el Brasil l'amasele José de los Barrios o Juan Greda, come lo traduce Richard Burton.

El nombre Alonzo García está muy favorecido, pues se trata de un nombre de pila y un apellido. Los oriundos del país me han asegurado que el Hornero es un pajaro religioso, pues suspende sus labores el dia domingo y los de fiestas de guardar.

Es un pájaro de habitación permanente, vive en pareja para toda la vida, y procura del suelo su comida, que consiste en larvas y gusanos. Se complace en los espacios abiertos, donde puede moverse libremente a su albedrio, y, asimismo le gustan los patios, los caminos despejados de los jardines, etc., donde se pavonea con un aspecto grave, con su cabecita echada para atrás y su pequeño pecho bien erguido. A cada paso levanta su patita, suspendiéndola en el aire por unos momentos antes de volver a posarla de nuevo con firmeza. Me fué dado observar a uno de ellos una vez volar sobre un tablón de diez pies de largo que estaba tendido sobre la húmeda grama; caminó el muy seriamente hasta el término del tablón, luego se dió vuelta, y volvió a caminar deliberadamente hasta el extremo, y así lo repitió durante unas veinte veces; parecia gozar el avecita sobremanera al poder pasearse por una superficie plana alisada. Cuando se le desasosiega, el hornero emite un fuerte silbido monótono de alarma o de cu-

riosidad, el cual jamás deja de atraer a sus companeros que es e a distancia para haber podido oírlo. Los movimientos de una comadreja, de un zorro o de un gato en alguna hacienda, se conocer por el alboroto que el hecho produce entre los maneros. Con frecuentes intervalos, durante el día, el macho y la hembra se encuentran y expresan su alegria por medio de notas claras y resonantes cantadas a duo, habito comun este ultimo comun a gran número de los pájaros Dendrocolaptine, incluyendo, creo, todas aquellas especies cuyos miembros se aparcan para toda la vida. En la mayoría de las especies esta función vocal consiste meramente en una sucesión de notas o gritos confusos, emitidos con mucho animo y enfasis; en los horneros se ha resuelto en un cantar armonioso. Así, el primer pajaro, al aparecer su conyuge que vuela hacia el lugar del encuentro, emite nota- luertes y medidas, algunas veces una nota gorjeada continua acompañada de un sonido metalico; mas inmediatamente al gorjear el otro pajaro, este pasaje preliminar se torna rápidamente en tresillos, acentuados fuertemente en las primeras y últimas notas, mientras que el segundo pájaro profiere una serie de notas fuertes y medidas en perfecto acuerdo con los tresillos del primero. Un tanto que cantan de esta suerte, están parados e uno frente al otro, con sus pescuezos alargados, las alas celgantes, y extendidas las colas, el primero de los pajaros tiembla todo a causa de sus chirridos y el

son emitidas, y aun más, la misma pareja no repite su dúo. Cuando las estaciones con propicias, los horneros comienzan a edificar en el otono y sue, en a emprender la labor durante el invierno cuando se da une tel porada de tiempo suave y húmedo. Algunas de sus es rocturas están concluidas para los primeros meses, del invierno, otras en las primavera, dependiendo ello de las condiciones atmosfericas y el estado de los pájaros. Cuando el tiempo es frío, seco, y los alimentos escasean, cesa su labor. El sitio escogido para el mido es una gruesa rama horizontal o la cima de un poste, con mucha frecuencia lo construye el hornero sobre el techo de la casa, y otras veces, pero por rareza, sobre el suelo. El material que el emplea es el barro, con agregado de pelos de caballo o de delgadas raicillas fibrosas, los cuales endure-

cen la estructura y le impiden hundirse. Con frecuencia he observado a un pajaro, en el acto de construir, recoger primero una fibra o cabello, luego dirigirse a un charco, donde hacia con ello una pelotilla de barro del tamaño de una almendra y en seguida llevarla al nido. Una vez terminada la concura, tiene el aspecto exterior del horno de un panadero, ma- con mia entrada más profunda y mas angosta.

El nido está colocado muy varior acuae siempre, y con la entrada dando frente a algun edin. .. es que hay una en su ve-duda, de esta disposición, e para que el pajaro pueda estar al tanto de los movimiento, de la gente mientras está edificando, y de esa suerte, puede a moner abierto e inconcluso el nido de ese lado hasta el último moment., y ahi necesariamente debe quedar la entrada. Cuando la e de la legrado asumir la forma globu-laterales es torcida accia adentro, alcanzando desde el suelo a la cupula, y en la engressana interior se deja una abertura para admitir el pajaro al interior o a una segunda camara, donde los husvos son a mano de un hombre puede penetrar fácilmente ... a primera camara o entrada, pero no puede darle terio:, proposa la entrada, además de ser muy pequeña, está muy

nenco muevos de color blanco y del aspecto de una pera. El holds tiene un diametro de un metro o más, y a veces es muy macho, pesando de ocho a nueve libras, y tan compactamente constranto que, a menos que se desprenda por el cimbramiento de la a, permanece incolume durante dos o tres anos. Los pajaros incuban por turnos, y cuando uno de ellos regresa de la búsqueda los animentos, canta estruendosamente, mientras que el que esvi incubando vuela hacia aquel y se une al alegre coro y luego resaparece en el aire, en tanto el otro toma su lugar sobre los

Los pequeñuelos son en extremo locuaces, y cuando apenas están emplumando, puede ofrseles practicar trinos y dúos en su seguro refugio con voces chillonas y temblorosas, que se convierten en el peculiar grito del hambre cuando sus padres ingresan con el alimento. Después de abandonar el nido, los pájaros viejos y los jóvenes viven juntos uno o dos meses, pues sólo crian una nidada por año. Cada año construyen un horno, y he observado más de una vez construir un segundo horno sobre la cima del primero, toda vez que este haya sido colocado ventajosamente, como por ejemplo en una saliente o contra un muro-

Acaeció una cosa muy extraña en la casa de una estancia de un vecino mio en Buenos Aires durante la primavera. Una pareja de horneros había construído su horno sobre el extremo de un tirante saliente de la pared de un rancho. Una mañana uno de los pajaros fué preso en una trampa de acero que había sido colocada la noche antes para aprisionar ratas; las dos patitas del hornero habían sido quebradas por encima de la rodilla. Al dársele la libertad velo hacia su horno, donde evidentemente se desangro, muriendo en consecuencia, pues no se le volvio a ver. Su conyuge permaneció allí dos días, llamando sin cesar, y andando el tiempo desaparecio. Tres días más tarde regreso con un nuevo compañero, e inmediatamente los dos pajaros comenzaron a cargar pelotillas de barro al horno, con las cuales cerraron la entrada, Después construyeron un segundo horno, utilizando el sepulcro del pájaro muerto como embasamiento, y allí criaron a su prole,

Mi vecino, un viejo paisano, había estado observando los pájaros de vez en cuando, en el momento que habían estado construyendo el horno, y experimentaba mucho interés en las actividades de los horneros. Creía que su presencia en su vivienda era una señal de buen aguero, y no es de extrañarse que después de haber sido testigo del entierro del hornero muerto estuviera más convencido que nunca de que los pequeños arquitectos del hogar

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dibble



Stillicidi casus lapiden cavat Lucre cio. Traducción de la facultad y letras "La gota de agua hoyada la piedra. Versión guarani: "Llora llora urutaŭ, junto al agua del bambú"

Aqui hay Esto) una mentira parece el torro cervical de un gnomo SAGRADO

Como decia Petrarca: 5e lamentan augellim o verde fronda, o voco mormorar di lucide onde! No hay nada más epitalámico, que 192 una inscripción con cora zones flechados en los troncos de los viejos i arboles del parque ¿ Acaso la miga del pan es de color celeste?

El Missisippi es un rlo. El Parana es otro vio. El Amazonas es también un rio. Los rios tienen nombres. Los nombres sirven para ponérselos a los Hios; así uno no se equivoca y no echa la canoa al Nilo en vez de Lecharla al Eufrates



Se ha Es un sujeto retrograbuilado de l'do, que apenas si vosatros, sabe aquello de Per-encantadores sio Excutienda damus cebollitas praecordia."Las damas discuten por la _cuerda



Si yo tuviera una isla en el Delta pondria un telescopio para mirar las estrellas que se reflejan como picudas moneditas en la corriente que cantaron Guido Spano y Marcos

Me siento evudito:0 A dónde vas es que acaso sólo Tibulo, Socrates, Epicon esa cara de duende curo y Terencio conde la cenika? tenian el secreto de La eabiduria?

Esta que ustedes ven aqui es la



Los árboles 4 Enlonces Napoleón











TABA CRIOLLA ATROCES FIGURAS

nunca. Unos dicen que es alto y

descarnao como usamenta; otros

asiguran que lo han visto echan-

do juego por lo'ojos y la boca,

como si tuviera un candil en el

mesmo garguero, Hay quienes

lo pintan con cola y vestfo'e

colorao, como si juera a una

rá; pero me lo magino medio

retobao y medio cachafaz tam-

bién. Si es como dicen, qu'es

igual a mujer embarazada, ha

de tener más caprichos qu'el

diga, padrino, ¿por qué no lo en-

laza alguno al destino y lo trai

p'acá, pa'que lo vemos".

Muchacho. - [Ajá! jajá! Y

Paisano. - ¡No sea bárbaro,

mijo! Esa gente no la agarra

Yo no apreseo bien como se-

fiesta'e carnaval.

IA domingo. Puesto humilde. Un ranchito apenas. Un algibe. Un pequeño corral. Un carro tumbado. Dos o tres perros. Unas cuantas gallinas. Un caballo atado al palenque, que mosquea con el abanico de su cola rabona. Frente al rancho, en la calle de tierra, un viejo gaucho distrae su ocio dominguero, casayando algunos tiritos de taba. A su lado retoza un muchacho de unos diuz años escasos; medio rotoso, de patas en el suelo. El campo está envuelto en un gran manto dorado, con que lo cubre el sel de aquella mañana tibia y brillante. Muchacho. - | Suerte . . . ! 1Y

si no juera ...? Paisano. - Sería l'otro. Muchacho. - [Ah! [Ah! LY qu'es l'otro...?

Paisano. — Lo mesmo qu'se dice del hombre cuando anda en In mala.

Muchacho. - No compriendo bien; expliquese, pues. Paisano. - Güeno, escuchá: Este güesito que ves aquí (y hace dar vueltas en su amplia mano de gaucho a aquella taba que está más limpia y pulida que diente de vizcacha y que al gi-rar a la luz del sol, engendra extraños y fúlgidos reflejos), este güesito, es como el destino. Unas veces se guelve arisco y receloso como pingo ridomón y en otras ucasiones le da por re-

jer enamorada. Muchacho. — ¡Ajá! ¡Ajá! Paisano. — No vides lo jotros días, sin dir más lejos, el hijo del puestero de la "Blanquiada" se echó como diez suertes de un derrepente. ¡Si parecia que el hombre la hubiera alquilao! ¡Tá, qué potra bárbara!

galonearnos como si juera mu-

Muchacho. - ¿Y pa'qué vale la suerte ...? Paisano. — ¿Pa'qué vale...?
¡No seas bagual! ¿No sabés
entuavía pa qué vale? ¿No sabés

potranco!? Pa qué vale...! ¡Pa' nada! Pa salir parao, amigo, pa'eso sirve! Muchacho. - Si, pero yo he hecho más suertes, con este gueso y, sin embargo!... Paisano. - Y sin embargo.

Muchacho. - No he ganao ni "un diez" pa' confites. ¿No ve? (y alzando la taba que ha caído a sus pies, ensaya un tiro que hace describir en el aire una sucesión de pequeños espi-

para cerciorarse del resultado de aquel tiro y dando vuelta su amplia cara, tostada por el sol de la pampa, dice al muchacho que se ha quedado pensativo, mirando el raino aquel que en el palenque cercano patea enredado en el cabestro que lo tiene

-Ves, ahí tenés lo qu'es el destino. Mitad suerte y mitad ... l'otro.

Y como el sol empieza a picar en las paletas y un gauchito se acerca al puesto al galope tendido de su "malacara" y las gallinas y los perros se alborotan. el gaucho alzando el hueso aquel, que es blanco y lisito como el semblante de un niño y caprichoso y emperrado como corazón de mujer, lo aprieta en su ruda manota, lo aprieta fuerte, como si deseara detener entre sus dedos, el símbolo de su propio destino.

El gurí mira al recién llegado con ojos de pollo que ha visto una lombriz en el suelo y como no tiene nada que ver, m le es posible preguntar nada, se marcha al trote de sus patitas descalzas. que redoblan como dos cascos bajo la calma de aquella hermosa mañana campera.

El paisano que ha llegado, desmonta de su caballo, que está chorreando sudor y tiene los ijares blancos de espuma. Le pasa la mano por el anca, de la que surge un vapor que huele a bajera. Lo ata a uno de los postes del palenque y medio pensativo penetra en el rancho, seguido del puestero, que ha descubierto algo raro en aquellaexpresión preocupada del muchacho.

El criollito baja la cabeza y mientras con la lonja del rebenque castiga una de sus pantorrillas, dando pequeños golpecitos sobre la bombacha a cuadros, con los ojos muy grandes, como si estuviera viendo acercarse una visión macabra, dice medio entrecortado, como con miedo de largar de golpe algo que va a hacer temblar al puestero, Este que ha empezado a intranquilizarse con la actitud del mozo, lo toma de un brazo y lo inte-

Paisano. - ¿Qué pasa, che?

¿Alguna noticia mala?

hace dar vuelta el torso; - Deci, pues, que ha pasao! como el gauchito, que es medio apocado, lo mira con ojos

rroga con un categórico, que le





ILLA SA-LUD" quedaba retirada de aquella localidad campestre, cuya industria principal eran los tambos y sus po-

bladores, gente sencilla sin más preocupación que las naturales sugeridas por las características del año. Una lluvia provocaba a veces el júbilo unanime de la gente y otras sembraba en los rostros curtidos una impresión de desaliento que en las conversaciones la palabra, precisa y tajante, divulgaba a todo Este aguacero, ine echo n

perder el corte de "alfa". Ni me dié tiempo para "entrar" con la maquina. Parece maldición! A otro, en cambio, el percance atmosférico le había sorprendido con la faena más adelantada; pero el final desastroso, era el mismo:

- Y a mi? Tenia ya el "cuat dro" engavillado y ahora sin tiempo para emparvar, el "alfa" se me ha de pudrir. INI que el tiempo se hubiera "guelto" to-

Y cada cual vela sujeto a su vecino en la misma preocupa ción. En el almacén donde se iba a beber una copa; en los campos donde se deslomaban trabajando; en los ranchos donde ardian, de noche, los "humeros"; el tema era parecido y los pronósticos iguales. En todas partes, sf, menos en Villa Salud.

Alli se vivia boca abajo. Nunca se miraba el cielo, porque el tiempo como acaso atmosférico, no aceleraba inquietudes, ni desmenuzaba ilusiones. Alli, no había vacas, ni pasto. El profesor Crispo, su hija y los tres pensionistas, que eran todos los ocupantes, tenían su pan asegurado. Precisamente lo que lesfaltaba a los pobladores de la localidad.

El profesor, hombre de setenta años, al retirarse de la clinica lleno de acciones sobre si y de consideración en el juicio de los demás, había llevado consigo a esos tres hombres. Era el último esfuerzo, en visperas de su fin, verosimilmente cercano, que harfa por lograr el reintegro de esos hombres al mundo normal. Esos seres habian perdido el raciocinio vulgar que rebosaba en el proceder de todos los otros, y, en su reemplazo, habían encontrado otro modo de discurrir extravagante y terriblemente lógico. Si, porque todo aquello era el

drama de una sustitución. Hacerles tomar de nuevo el sendero del que se alejaran, he ahi el objeto, el único objeto, del profesor. Pero, quixás, él solo, no fuera bastante para llevar a cabo tan hermosa tarea. Tenía como colaboradora, como ayuda a su hija. Era esta, toda carácter, fortaleza animi-ca y espiritual. Cuando llegaba la noche y los tres pensionistas estaban recogidos, padre e hija, conversaban. Su hija, gran lectora, le ponía al tanto de las novedades que agitaban al mundo, tan lejano, actualizando la visión del anciano, por momentos atrasada en diez o veinte años. A veces, surgían curiosas diferenciase

Oye, Julia, todavia duran los festejos del Centenario? -Pero papá, respondía ella, mo le dije la otra noche que eso ya pasó? ¿No recuerda que le expliqué el motivo de la declaración de la guerra que tuvo por fin el triunfo de las armas aliadas? Haga memoria, papa.

Había en el buceo interno del profesor una angustia igual a la que embargaba el ánimo de Ju-lia. El, tenfa miedo de contestar. Ella, de oir. El momento, cra digno de una pincelada. Hasta que al cabo, prorrumpia el an-

Piense. 1A ver?

-¡Ah! ¡Sí! Tú, aquella noche, vestias un traje azul a cuadros biances y yo ... aguarda Julia. y - repetia-cenaba unas legumbres. ¿No era esa la

-Ciertamente, conformaba la Entonces, la pesadilla que oprimia a los dos, se disipicha; se iba. El profesor, tornaba animoso a su puesto y Julia al suyo. Cuidar del criterio a ratos

vacilante del anciano, supersa-

nistas, Crispo, apreciaba la in-fluencia beneficiosa que sobre tronco, vendrá el mar y entonces tú, Jonás, te lanzarás a él. Oen un nide yo, en el mar tu, al fin seremos los dos, lo que debemos ser.

turado de lo anormal que a

diario descubria en sus pensio-

él, ejercia su hija, pero un últi-

mo resabio de terca confiansa

en sí mismo, le impedia decla-

rarlo. Ella, por delicadeza, por

respeto, tampoco le confiaba

se lo diria. Alguna ves. Cuan-

Porque en esta sazón, Julia

enferma de cuidado guardaba

cama. Era su segunda enfer-

medad en los tres años que

llevaban en Villa Salud... Vida distinta. Y qué distinta la vida de Villa Salud. Sus

pensionistas, con los pobla-

dores de la localidad, no tenfan

el mismo sol, pero en otro

-- Sabes? Yo soy pez. Mejor, yo soy Jonás, el Profeta. Las

veces que le pido a Jehová que

de nuevo me envie mi ballena.

Por momentos, la quiero y a

ratos, la odio. En ocasiones,

siento por ella un amor indes-

criptible y, a veces, me pregunto

por qué no le di muerte. De

naber sabido que ella no era

mi posada definitiva; si acaso

hubiera sospechado que al fin

tendría que estar esperando lar-

gamente su nueva llegada, en-tonces-ilo juro!-me arrepien-

to. 1Si! Porque, sabes, al al-

cance de mi mano estaba su

lestino. Un movimiento, un le-

ve ademán y yo podía detener

ese corazón que palpitaba muy

punto de similitud. Vivian bajo

-Alguna vez - pensaba --

sus dudas.

lo sanara.

mundo:

Las palabras de su interlocutor, que hablaba por primera vez en tanto tiempo de vida en común, llamaron la atención de Jonas. Lo enfadaron. No se pudo contener y le preguntó con

-iY tú, quiên eres? -Yo soy un árbol.

Los dos, se quedaron mirundo largo tiempo. Como locos. Cuando se recuperaron a la realidad, eran tres. ¿Cómo había llegado o de dónde había sur-gido? No lo sabían. Esa, era una de sus muchas particularidades. No era alto, ni bajo. Sus facciones, se dilufan en la movilidad de sus músculos faciales de tal manera, que su rostro se apropiaba los rasgos que queria. En verdad, era un hombre extraño. Bien extraño. Donde él llegaba, de inmediato se paralizaba la conversación y hacia converger sobre si todo el interés. El hombrecillo, miró a uno y a otro. Los dos bajaron la vista. Trataban de rehuir la influencia de aquellas pupilas impávidas de fría dureza. Hasta que los animó:

-Jonás, ven. [Mirame! Jonás se acerca cautelosamente hasta que un ademán lo detuvo. Mirando las pupilas del hombrecillo permanece un rato. Al cabo de el, las facciones de

-Agua... Pájaros... Así de improviso, al profesor Crispo, una noche, le asalto esta pregunta:

-¿Donde estaria Julia? Y la buscó. Entró en una habitación y en otra. Se allego a la salita donde solla estar leyendo sentada al lado de la chimenea. Nada. La búsqueda se hizo entonces desesperada. Impresionante. Recorrió todas las plantas del edificio. Todas las habitaciones. Todas las dependencias. Finalmente, sudoroso y con los labios resecos por la ansiedad echo mano a un atado de llaves. Abrio una puerta y se introdujo por el vano. Ni por un momento pensó en que sólo él tenía llave de ese gabinete y que por lo tanto no podía encontrarse allí. Estaba a oscuras y dió luz. En el gran acuarium de vidrio, los peces mortificados por la súbita claridad, removieron las aguas con

estrépito. El profesor esparció su vista y se halló, a boca de jarro, con el hombrecillo. Y así, como antes había interrogado a las salas vacías, ahora, como si tanto montase, le preguntó al

lia? LY Julia? ¿Donde está Ju-

Aquél respondió:

Eleuterio doblo sus brazos por los codos. Ramón juntó sus manos y la vistió de blanco. En los cuatro ángulos de la cama, yo encendí una vela. Vd. de ro-

tros de donde se hallaba, en el hueco del follaje, se ergula un

fantoche. -Es un almácigo, se dijeron aquellos hombres de campo. Se

Realizado el reconocimiento, la mitad de la comision proc tra al edificio, mientras la otra mitad, se queda afuera, montando guardia. Soledad por todas partes. Nada de anormal, como no fuera esa misma toledad er la que debian hallarse el profesor y sus pensionistas. Y llegan al acuarium. Inmenso en el agua con un le-

ve movimiento de rotación sobre los pies, que no negan al fondo, un hombre caracoleaba imperceptiblemente. Los ojos le llegaban hasta el borde mismo de los párpados, lo que permi-tía observarlos en toda su opaca y resbalosa redondez. Sobre la frente, hacia la nuca, a la cabeza le faltaba un mechon de pelo que flotaba disperso en la superficie líquida. Los lablos, alargados en trompa, se cerraban sobre la lengua y de la comisura de aquellos se destacaba sobre el agua, tiñéndola, un hilillo oscuro que tenia la evanescente trayectoria de una voluta de humo.

Si se miraban los ojos, daba miedo. Empavorecía. Si se reparaba en la boca - en esa boca que "sacaba" la lengua - daba risa. El todo, era una morisqueta trágica y repulsiva.

Detrás de la ouerta, un policía notó un bulto, y, acercan-dose a él, lo palpó. Como desenvolviéndose el bulto se ir guió y ante los ojos admirados de todos, apareció el hombreci-llo. El tercer personaje.

La brusca frrupción en ese momento de los hombres que se habían quedado en el jardín, impidieron el inmediato interrogatorio. Dijo uno: - Comisario: el espantapájaros es un muerto y está comido por las alimañanas. ¡Venga y fijese!

Todos abandonaron el gabinete, llevándose al hombrecillo. El cadaver estaba enterrado en el suelo, hasta la mitad de las piernas. Los brazos reposaban en las horquetas de dos árboles contiguos que eran enanos, y como en el acuarium, la atmósfera, era irrespirable.

La estupefacción de los policías llegó a su grado maximo. Por fin el com sario rompio el silencio dirigiéndose al hombro--IY que dice usted? ¿Cómo

es esto y quién ahogó al otro?

-Yo, lo lancé al mar. -¿Y usted mató y "planto a

-También. Usted vera. Al principlo, se doblaba; pero una ez que se enfrió todo fué blen. Ahf lo tiene, si no ...

La confesión aterró a los testigos. No había en tas palabras scuchadas cinismo ni jactancia. Era una voz lejana que decla no más, Que explicaba; que respon dia. Y que luego, satisfecha la curiosidad, callab. hasta otra pregunta. Asi, siempre.

-- Y quien es usted, intame: -! Antes o ahora!

-Antes y ahora, replicó él comisario indignandose. -Ahora, yo soy Nada. La Nada, Eso es. Antes, era el Des-

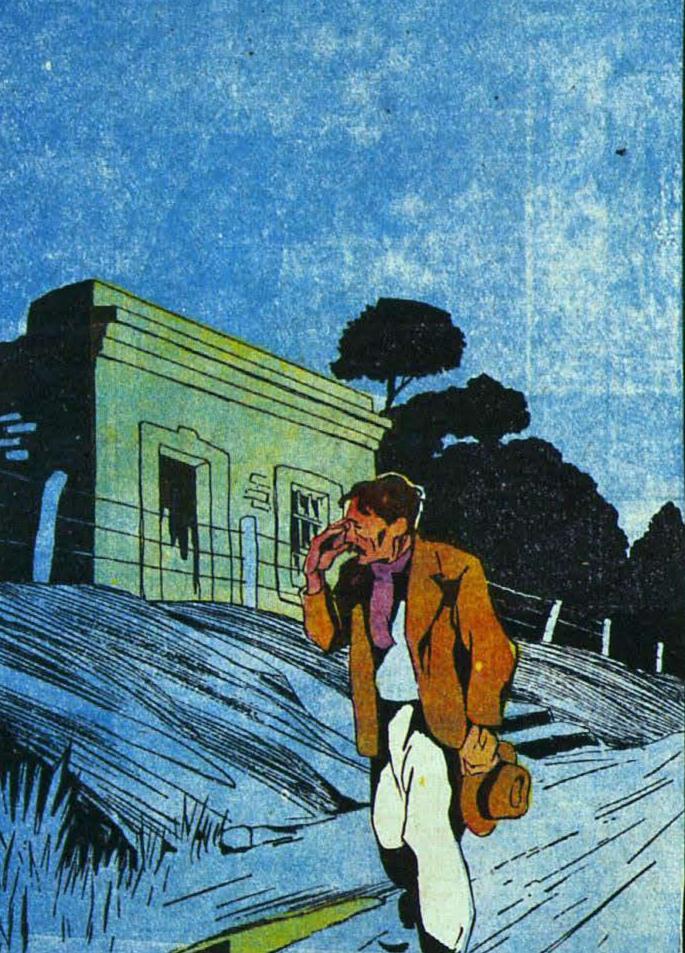
Y por primera y última vez, fué explicativo. Locuaz, a su modo:

-Uno quería ser pez. Et otro quería ser árbol. A los dos los puse en su elemento, Los "hice". Porque yo, era el Desti-no de los dos. ¡Eso!

Al profesor Crispo nunca to pudieron encontrar. Aluededor de su fin, circulan muchas leyendas. Hoy, a los tantos años, cuando por la noche algún vecino se ve obligado a pasar frente a Villa Salud, haciendo de la fe y de la superstición una panacea eficaz contra el miedo,

se persigna: En el nombre del l'agre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. [Cruz Diable] Y el beso sobre el pulgar

suena en la oscuridad como un



rales de reflejos). ¡Zás, suerte! IY de ahi, ¿qué gano? ¿Tengo alguna moneda en el bolsillo? Me llueven confites o golesinas? ¡No vé que son cuentos! El gaucho lo mira, primero

sonriente, después se va poniendo medio serio y termina con un "no sea zoncito, amigo". ¡No vé que no es juego pa' mocosos! Y en dispués: pa'ganar algo, hay que jugar algo. Ansina, es la vida, si no se juega por algo, no se gana "ni ésto" ... (y acompaña esta expresión con un golpecito de uña, que indica a las claras la medida de su asevera-

Hay que probar la suerte pa' saber si uno es de lay, o no es de lay! De todos modos, lo mas que nos puede ocurrir es que ... Muchacho. — Que salga l'otro ... ¿verdad padrino? Paisano. — Eso mesmo, eso

mesmo, muchacho... Muchacho. - Pero ¿pa l'otro

no hay rimedio ...? Paisano. - (Que ya ha empezado a intranquilizarse con las preguntas un tanto atrevidas del muchacho): Lo hay y no lo hay. A veces es cuestión de... de... de l'otro, es decir, de suerte. Otras veces, no puede vencer al destino. Ya t'he dicho, muchacho, qu'es como mujer de caprichoso ... pero, pa'esto hay que ser juerte y no tener miedo

a náides. Ansina si nos sale al paso y forcejea por dueblarnos, debemos atropellar con brio, como caballo en rodeo y castigarlo por las orejas, hasta que afloje y se amanse. Si no cede, entonces, ¿qué vamo'hacer? hay que conformarse. Será, pué, que uno anda como la taba, cuando cae suerte p'abajo.

Muchacho. — ¡Ah, ah! Y, pa-drino, ¿cómo 6 el destino? Paísano. — El destino — contesta el gaucho ladeando el sonibrero para un lado y ruscándose la coronilla - no se lo vido

ILUSTRACION DE A. Rechain usted ni con lazo, ni con boliadoras. Es más refaloso que vibora mojada. ¿Me entiendes? Se le escurre a uno de la mano como tiento engrasao... Yo nunca lo vide, pero ¡Dios me libre! ¡Si ha de ser más bagual que ternero ensillao!

El paisano toma la taba y la lanza una vez más sobre la calle humedecida aún por el rocio mañanero. Avanza unos pasos

muchacho? Gauchito. — ¡Qué va'pasar, don Juárez! Que un caballo, el oscuro suyo, se ha cáido en el "jagüel d'el medio" y ahí está el pobre que no da más... Se áhuga, don, se áhuga...

Paisano. - 1Y eso es tan grave, amigo? Gauchito. - Eso no ser'a nada, don Juárez. Es que... en-

de susto, puede el viejo criollo

darse perfectamente cuenta de

que algo grave debe haber pa-

sado, que tenga alguna relación

Paisano. - ¿Qué ha pasao,

cima del caballo iba su hijo Ruperto ... Paisano. - ¿Y qué...? Gauchito. - ¡Y él tamién se

áhuga, don...! Paisano. — ¡Ahijuna...! Y como "las papas queman" y el asunto es medio grave y amenaza turbar la calma de aquella plácida mañana de enero, el gaucho que ha tomado al trote el camino del palenque, se vuelve y mostrando en la palma de la mano la taba aquella, que

sin sentirlo, ha tenido oprimida

entre sus dedos, la arroja a los

pies del gurí, que ante los aspa-

vientos del padrino, ha vuelto a terciar en la escena, esta vez más asustado aún. Muchacho. - ¡Zas!, ¡l'otre, padrino!

Pero como el hombre no lo oye y el criollito sigue pensativo, mirando el suelo, recostado en uno de los esquineros del rancho, el chico que ha olido a algo grave, algo que tiene olor a tragedia, alza la taba, la analiza un instante y mostrandole una de las caras, que brilla al sol como un espejo, le dice me dio inocente y medio pensativo también:

-; Ansi e'el destino, asegún asigura el padrino ...! -; Si, pué! - responde el mu-- ¡Eso... eso mesmo es! Mitad suerte y mitad l'otro!...

POR Bernárdez Jacques

cercano y que, como un motor, nos impulsaba a ambos a través. de las profundidades del mar. Yo, no tenía armas; pero ello, no importaba. Tuve mil formas para acabar con ella De allf, mi amor. De allf, mi tra-

Cuando volví al mundo terrestre, yo ya no era un hombre nacido de una mujer, sino de una ballena. Yo era su hijo. Ella me impregné el amor al mar que hasta ahora no me fué dable recorrer por mis proplos medios.

Hizo una pausa y agregó: - Y qué pueda intimidarme? Respirar? ¡Si la respiración de ella, era la mia! ¿Comer? ¡Si su comida, era la mia! Me es tan familiar el acre sabor de la sal marina y el gusto salvaje del pescado crudo ... ¡Oh! ¡Sí! Yo soy pez, pez. [Mira!:

Y Jonás, movía las aletas de su nariz, impeliendo un agua metafórica, en la persuación de que ella se le evadía por detrás de las orejas.

El otro, callaba, Con los brazos en cruz perpendicular al suelo, estaba como estilizado sobre la pequeña explanada donde permanecía horas y horas, hasta can_arse. Era de una flacura huesosa, superlativa. Habia escuchado todo a su compañero en silencio y, al fin, se le antojó hablar:

-Quédate a mi sombra que sera propicia. Sobre mis ramas, hara nido un pajaro. Hasta mi

POR

Juan Romero

Jonás se transfiguran. Sus labios, s e entreabren con una fruición salvaje, estirándose, encogiéndose, al ritmo de las fosas de su nariz que aletean nerviosamente. Jonas, se eleva sobre sus pies; inclina el busto hacia adelante y sus brazos, abiertos, intentan unirse por las manos... La felicidad que irradia su lívido rostro, le hace cerrar los ojos y exclamar: -El agua, el agua. ¡La ba-

Y hubiera dado en tierra con su cuerpo, si el hombrecillo no lo soportara. El otro, que fué testigo de la

transfiguración de Jonas, le sa-

cudió de un brazo para preguntarle: -¿ Qué viste Jonás? De nuevo se interpone entre ambos el hombrecillo y llama esta vez al preguntón:

-¡Acércate, curioso! La escena se repite. El hombre flaco se ve engrandecido y como estirado por una cuerda. Sus brazos se ramifican en veinte o treinta varas. De sus hombros emergen dos vástagos fuertes y alla, en lo alto, sobre la copa se siente zamarreado por el viento, tiene la sonsación de un revoloteo... Es tal su maravillado deslumbramiento que grita:

El pájaro, el pájaro! Vuelto a los dos el hombrecillo, mientras restrega sus ojos,

-¿Quién eres tú? -Yo soy pez. -¿Quién eres tú?

-Yo soy arbol.

Cuando quisieron saber algo más, el extraño personaje no estaba. Pero ellos seguian "viendo" sus ojos:

dillas a la cabecera, lloraba de sesperadamente, mientras afuera el reloj de la iglesia tocaba las E interrumpiéndose tano:

- Muerta? | Mentira! Y aupándose en la punta de sus pies, le descargo muchos golpes al hombrecillo, que se alejó terriblemente tranquilo,

-Tan, tan!

musitando:

-: Insensato! Lo cierto era que la hija del profesor había muerto hace tiempo. El derrumbe físico de aquella mujer había precipitado el desmoronamiento espiritual del anciano que luego de atender a sus pensionistas se sentía horriblemente solo. Los primeros días posteriores al fallecimiento de su hija sus confusiones mentales no pasaban de hechos meramente históricos. Pero luego se le trasconejaron los propios episodios que había vivido. Y, a su manera, resucitó a la muerta.

No se notaba en Villa Salud ningun movimiento. Esto intrigó a los vecinos que estaban acostumbrados a ver de cuando en cuando a algunos de sus ocupantes. El vecindario empezó a temer; después a sospechar y al fin hicieron la denuncia en la policía.

Una comisión de policias no tardó en llegar. Traspuso la puerta de entrada a la Villa y antes de penetrar al cuerpo del edificio, envolvió sus alrededores. Llegaron así a un jardin posterior. A treinta me-

ILUSTRACION DI Juan Sorazábal

N una de las paginas de El Suplemento, del 18 de octubre, explicando las condiciones del personaje de una próxima erônica titulada La tragedia del hombre solo, de la que será responsable Augusto Mario Delfino, hallé lo siguiente: "El nunca fué novio: no sabe lo que es compartir los sueños de una joven, buscar con ella las sombras que engendran la caricia, ser vigilado por una madre celosa, hacer pequeños regaos conmovedores. Jamás, en una esquina, esperó otra cosa que el

Situación bastante diferente a la de aquel joven enamorado que se gastaba las horas en Corrientes y Esmeralda aguardando el paso del subterráneo, esperando la llegada del Zeppelin, no perdiendo detalle del desfile de gondolas y piraguas, asombrandose de las lentas caravanas y de las literas ocupadas por insinuantes odaliscas para luego dirigirse an dilación al cuarto más oscuro a engendrar caricias o a profundos y misteriosos sótanos a multiplicar mimos y brindar objetos conmovedores, siendo observado detalladamente por el catalejo incansable de la futura suegra. El fué novio.



En el libro poco manuable, bautizado Puñado de Agua, por su autora María Elena Muñoz, encontré varias festivas producciones, entre ellas una titulada Horizonte Marino, entre cuyas intermitencias dice:

¿Qué has hecho de mi parque?... En donde están El derroche de luz y la irrupción de pájaros?... ¿Donde has dejado

La arboleda cantora, horizonte marino? Cobijado en la noche

Como un ladrón te has ido Con tu carga preciosa, Te coroné de estrellas Te deslumbré de soles Te entregué mis eclipses, etc.

¿Qué esperaba la poetisa de Agraciada 3721? ¿que el obsequiado se quedara esperando aún la ofrenda de círculos máximos, líneas imaginarias, puntos cardinales, efemérides y conjunciones?



En otro poema llamado Canto de los segadores, dice la bar-

Los segadores cantan Con la mano en la hoz-[Adoremos la espiga!

Si, adoremos la espiga, pero no hasta el punto de meter la mano en la hoz, la cabeza en el arado y el torax bajo el ras-



La poetisa mete la lira nuevamente en Hermano Caminante, donde expresa:

Hermano Caminante. Aquí están mis dos manos. Tu silla está en mi mesa, Y al claror de una estrella partiremos el pan.

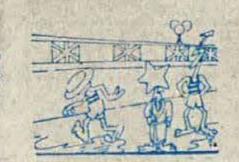
Lo finico que a mi parecer podrán partir, si continúan con la mala costumbre de apilar sillas en la mesa, al claror de una estrella, para deglutir un pedazo de pan, será una columna vertebral, ciertos fémures temerarios y uno que otro cráneo. Lastima que Maria Elena no nos haya enterado si el tenedor se hallaba sobre la alfombra, los platos bajo la mesa, la servilleta colgada en la percha y los escarbadientes en el cieloraso, para darnos mayor idea sobre el desarrollo de esa cena,

En el poema Amaneceres,

describe la musarela: Rebaños bebiendo las aguas estremecidas Donde acaban de bañarse los

astros. Costumbre mucho más higiénica esta que la observada por

algunos mazdeistas acerrimos que tenian por norma camuar su sed en la banadera donde acababa de zambullirse Zoroastro. Para evitar suspicacias declararé que no soy partidario de ninguno de los dos sistemas y que pocas veces he podido contemplar un astro en camiseta, satélites en paños menores o cometas con salida de baño a orillas del Maldonado, del balneario municipal o de otras concurridas piscinas.



En la segunda sección de un diario de Paraná, que para no ser confundido con un objeto cualquiera se titula El Diario, aparece con fecha 9 de octubre una crónica sobre Caracteres singulares de una época: 1880. Expresa el cronista:

¡Mama y Tata! La mesa a la oración. El rezo antes de la cena. La tarde que se muere perseguida por los balidos de los terneros que acaban de encerrarse y como sahumada por los aromas que vienen de la selva donde acaba de llover dulcemente, la lluvia que no se niega al hombre y al suelo en los días en que la abundancia es ley de premio que viene de lo alto, doblemente de lo alto, porque la brinda el cielo y la permite Dios; la paz que se cierne sobre los techos y con los corazones. la esperanza de que el trabajo cs amable y la recompensa ge-

El trabajo sumamente amable aparte, claro está, de ciertas discordancias terneriles, casos aislados en que los gauchos eran embestidos por algunos bararays y circunstancias algo anormales en que los reseros se veian en la obligación de refu-



dos nombres.

boleaba el caballo de oros, Papa! y ¡Nata! la erudición, toda la erudición del cronista en

plicación, pelaba el arma blan-ca, hacía picadillo el naipe, se ensañaba con la sota de copas y

giarse en los bretes paraar

ser arreados por una minoria

selecta de Shorthorns, Aberdeen

Angus y lecheras holandesas. La

recompensa solia ser generosa:

un temporal que duraba tres

meses, que ponía los catres a

flote, anegaba las vinchas, trans-

formaba las guitarras en acua-

rios y el asado con cuero en un

¡Tata! Donde está usted con

su zaino grande jamás montado

por otro, sumiso a su rienda

birolada de plata, amigo de no

marchar de frente por antojo de

largarse al sesgo en sobre paso.

probado en las canchas, sobresa-

liente en la pulpería donde a ve-

ces había que alzar una baraja

con la punta del facón para

castigar una trampa, el mejor de

una tropilla, cuya yegua madri-na del cencerro argentino tenía

un nombre y era señora del co-

rral cuando punteando en el

arreo volteaba cualquier palo

mal puesto de la tranquera a

| Mama! y | Tata!, la tradición.

El dominio del gaucho sobre

el caballo era único. El paisano

salia de madrugada en su flete

en dirección al cottage, de Ná

Toribia y su medio de comuni-

cación contra todas las reglas

del deslizamiento comenzaba a

avanzar a lo ancho, iniciaba lue-

go un trote inglés en sentido

transversal para terminar en un

rápido galope en ascensión rec-

ta, que obligaba al dominador a

sujetar la cabalgadura en la lu-

na para reponer energias. En el

juego, el gaucho sabla reprimir

con inusitada energía la menor

trampa efectuada. Descubría,

por ejemplo, un as de bastos de-

trás de la oreja del contrincante

toda la tradición argentina en

Continua la ilustración:

caldo gordo.

medio abrir.

dos nombres.

Museo de la Confusión LA MADRINA DARA

JAMES GREENWOOD

ILUSTRACION DE GUEVARA

N hombre y su esposa se lamentaban, cierto día, de la desgracia de estar sujetos a la muerte. -Yo quisiera hacerme amigo de la Muerte, en alguna forma - dijo el hombre - y entonces ella no me molestaria.

Eso lo puedes conseguir fácilmente - replicó su esposa. — Invitala a que sen madrina de nuestro hijo, a quien bautizaremos la próxima semana; así podrás hablarle sobre la cuestion que te aflige y seguramente ella no te negará ese pequeño favor. La Muerte recibió con agrado la invitación y acudió al bautismo. Terminada la fiesta, el hombre le dijo:

-Comadre Muerte: desde el momento en que hay tanta gente en el mundo, para elegir, espero que nunca vendrás por mí. -Realmente, compadre - replicó la Muerte, - no puedo prometerte tal cosa, pues debo obedecer a lo que Dios me ordena. Sin embargo, haré lo que pueda y te aseguro que cuando llegue tu tur-

Pasaron varios años y por fin llegó la Muerte a la casu del

no, te avisaré con una semana de anticipación, para que tengas

-Buenos noches, compadre - dijo. - Vengo a desempeñar una comisión ingrata. Tengo orden de llevarte la próxima semana. -¡Oh, comadre! Has venido muy pronto. En ningún modo me conviene marchar ahora. Me va muy bien y seré rico dentro de poco tiempo. Estoy seguro de que podrás subsanar esto, llevando a

-Lo siento - replicó la Muerte. - Es una orden de Dios y debo cumplirla. Nadie puede librarse de esta ley y son muy pocos los que reciben un aviso anticipado, como tú. De todos modos, trataré de hacer lo que me pides y si tengo éxito, no vendré la semana próxima; pero creo que no hay esperanza. Adiós.

Cuando llegó el día, el hombre estaba completamente aterrorizado, pues no esperaba salvarse. Entonces su esposa ideó un plan que se apresuraron ambos a llevar a cabo. Tenían un viejo sirviente negro, en la casa, que se ocupaba de las tareas de cocina. El amo cambió sus vestidos por los del negro y viceversa. Luego lo mandó fuera de la casa. En seguida ennegreció su cara y trató en lo posible de parecerse al sirviente.

Al anochecer llegó la Muerte.

tiempo de prepararte.

otro en mi lugar.

-Buenos noches - dijo. - ¡Dónde está mi compadre? Tengo obligación de llevarlo conmigo.

- Oh! - dijo la señora - El no esperaba que vinieras, y se ha ido a la aldea a resolver unos asuntos. Tardará en volver.

-Bueno, bueno - dijo la Muerte, fastidiada. - Esto me crea una situación bastante complicada. Nunca crei que mi compadre me jugara tan mala pasada, después de lo que hice por él. De todas maneras, tengo que llevar a alguno. ¿Qué otra persona hay en la

La mujer se alarmó al oir esto, pues había confiado en que la Muerte partiera inmediatamente a la aldea en busca del compadre. Pero luego pensó que sería mejor proceder con diplomacia, y con-

-Hay solamente un negro, nuestro sirviente, que está preparando la cena. Quédese a cenar y probablemente mi marido estará de vuelta a esa hora.

-No puedo detenerme - replicó la Muerte. - Tengo que hacer un largo viaje y necesito forzosamente llevarme a alguien. Veamos si tu negro sirve. Y se dirigié a la cocina, en donde el falso sirviente fingia dedicar toda su atención al fuego.

-Bueno, ya que mi compadre no viene, tendré que llevarme al negro. - Diciendo éste, la Muerte extendió su dedo y el hombre cayo muerto.

Esto demuestra que es en vano que do llega su hora: la astucia de dier mil hombres astutos no basta-



Animula Vágula

Ilustraciones de Rodrigues

POR



UMBAN, en el corazón de Africa. Antiguamente, una do-ble cintura de trincheras defendia los alrededores de la ciudad. Los bamuns la habían cavado después de una expedición contraria llevada, a cabo por los salvajes fulbés. Cuando estos retornaron, se encontraron detenidos por el doble foso, Quizás, sin embargo, hubieran llegado a rendir a los bamuns por el hambre, porque los bamuns constituyen una tribu africana sin alma guerrera y no osaban hacer salidas. Pero, en la ciudad, una mujer había comprendido el peligro. Se la vió aparecer al borde de una trinchera. En señal de despre-

cio, sin hacer caso de las flechas que llovian, se dió vuelta, mostrando al agresor lo que habitualmente llevaba cubierto por el taparrabo. Al mismo tiempo arengaba a los suyos, despertaba sus impulsos guerreros. El acto de esta mujer corajudamente impúdica no fue reali-

zado en vano. Los bamuns se echaron sobre los fulbés y los for-N'joya es el sultan de Fumban. Un sultan con fortuna y poder

reducidos, pero que continúa dando audiencias. El personaje, por otra parte, vale la pena de que uno se moleste. Su padre habitaba una gran choza. El, sin planos, sin arquitectos, se ha hecho construir un palacio a la europea. Los bamuns no tenian escritura; N'joya ha inventado un alfabeto: ochenta letras, a las que ha agregado cifras, y los bamuns han recibido encantados la reforma.

Pero, no habiendose agotado con esto su genio, ha querido tener una religión exclusiva. Los preceptos y las ceremonias los extrajo de religiosas ya existentes. Desgraciadamente, como se sabe, los pueblos sen ingratos. El de N'joya ha rehusado este nuevo presente. Disgustado de trabajar tanto para tan poco resultado, el sultan de Fumban ha pensado: "Para eso me hago musulmán". Y ha intimado a los buenos bamuns para que hicieran lo mismo.

N'joya se nos apareció en el reposo de su jardin; atrás suyo la fachada de su palacio: una pesada construcción sin armonía, pero imponente, extraña, bajo la capa brillante y grisácea de resina que recubre los ladrillos. Tiene un hermoso turbante, un amplio manto bordado y mar-

cha delante nuestro. Entramos al palacio. Un vestibulo que tiene todo el alto de la construcción, oficia de sala del trono. Este está enteramente bordado de perlas de esas de imitación. Visiblemente el viejo N'joya està convencido de que posee una obra de arte. Treinta obreros han trabajado durante tres meses

para fabricar el trono. Pasamos a otra sala amueblada a la europea. N'joya, a nuestro pedido, evoca sus recuerdos. Cuando su padre murió, fué designado para sucederlo; no era el mayor de la familia, pues no tenía más que diez años. Los dignatarios que habían sostenido un rival, quisieron desembarazarse de el. En la choza donde vivía es-

tallo un incendio. Sus servidores lo spivaron. Antiguamente no era una suerte envidiable el ser sultán. Si a este le nacia un nieto, era condenado a muerte. Para evitar toda discusión, se erigía una estatua de sal. Cuando las lluvias la disol vian, había llegado para el sultán el momento de morir. N'joya hizo desaparecer la estatua que lo representaba,

El sultán habla en voz baja, se queja de su autoridad dismi nuida. Se fueron ya los tiempos en que, habiendose fugado cuarenta de sus mujeres, las hizo perseguir y matar; en que habiendo conspirade su tutor, lo cubrió de resina, le ató dos cartuchos a la cintura y lo hizo descender a un agujero lieno de paja encendida. Estamos en la plaza. Va a tener lugar un simulacro de la partida de los guerreros, como se hacía antaño.

Al principio aparecen algunos al galope de sus cabalgaduras. marchando en grupos de cuatro. Sus lanzas arrojan fuertes refiejos. Alrededor de ellos, las mujeres y los niños forman un circulo. Después vienen los bailarines. Sus frentes están cubiertas de una máscara de madera, que les hace como dos cabezas de rostros de tinieblas igualmente misteriosos. Cada máscara es simbólica. Una representa la horca; tiene como brazos que llevan figurillas, representando los ahorcados, y a su lado, las aves carniceras que los devoran. Otras simulan cabezas de muerto, cabezas recias y sin embargo frágiles, que rien de un modo repugnante. De pronto comienza la danza especie de agitación macebra y enloquecida, compuesta de pasos en memoria de los jefes que fueron muertos y de cantos salvajes. Solamente los bamuns tienen derecho a ejcutar esta danza de la muerte. Nos alejamos, mientras al sordo compás de los tam-tams, los negros siguen cantando: "Di, cautivo: ¡donde está tu país? Tu país no está aqui. Cuan-

ENRIQUETA CELARIE

ILUSTRACION DE GUEVARA

do yo veo un cautivo, tengo que matarlo". Cae la noche sobre Fumban. Y los tam-tams siguen su redo-

El Nuevo Rico * por H. Rodriguez









* El Espantapájaros y la Melodía

ASEN a la otra pieza - dijo Alejo - alli està la mesita para experimentar.

Lentamente nos encaminamos. Hartos de mate, de discusión y de cigarrillos, nos venía bien un intervalo de reposo y de silencio, como le viene bien a un charlatán y fumador entrar en una iglesia y refrescar su cabeza al sacarse el sombrero y hacer descansar su garganta irritada de tanto hu-

Nos sentamos alrededor de la mesita, Juan y Rodolfo Valle, Román, Ricardo y Alejo. Este último se volvió a levantar para apagar la luz eléctrica y encender una lamparita a la que le graduó la mecha para que quedáramos en la penumbra.

La mesita era de las que solían y aún suelen usarse para las experiencias espiritistas. Más bien chica, con tres patas, ovalada, con unas tiras de papel pegadas en forma de triángulo que estaba circunscripto por el óvalo de los bordes. Cada lado del criángulo correspondía a un pie de la mesa y, en las cintas de papel estaba escrito el alfabeto distribuido en tres partes y numerado. De manera que los golpes que diera la mesita, para seguir la grafía de ultratumba, indicarian la letra correspondiente para formular con lentitud las respuestas.

No sin sonreirnos por incurrir en estas puerilidades, extendimos las manos sobre la mesita. Yo pensaba que esto era como una variante de los juegos de cartas... Pero parecía aún más frivolo entretenimiento. Nos mirábamos y sonreiamos, pues haciamos todo esto, más que nada, por seguirle el tren a Alejo y un tanto a los hermanos Valle, quienes, lo mismo que él, eran entusiastas de esas

Colocábamos las manos rozando sólo con la yema de los dedos la superficie de la mesa, para demostrar tanto nuestra buena voluntad como "para facilitar el trabajo de los espíritus". Con eso ya se hace un no despreciable trabajo físico: el sostener el peso de los brazos en esa posición; se colabora con un esfuerzo, y, luego el mental de querer que las cosas se produzcan. Nuestra voluntad para comunicarnos con los muertos se advertía en las cejas juntas, in-dicio de concentración mental y, como garantía para inspirar confianza en el otro mundo, ofrecíamos nuestro silencio y seriedad. Bien se vela que no estábamos en una de esas reuniones espiritistas que son pretexto para "flirts" y disimulo de caricias.

Fuera de algunas ondulaciones o presiones causadas por nuestros brazos que se apoyaban involuntariamente y quizá, también, por antosugestión de los creyentes, no conseguimos el menor resultado. Roman y yo, cansados de nuestra posición de remeros forzadonde nos envolvimos en verdaderas humaredas de tabaco.

Qué lastima! — dijo Roman. — Qué? —Es de sentir que las leyes físicas que rigen a ese mundo inmaterial de los espíritus les concedan el poder de producir efectos mecánicos y les veden utilizar la laringe y el aparato de fonación ome, hoy por hoy, y hasta ahora, ofrecen el modo más decente de hombre de la caverna.

-Roman, lea los libros sobre espiritismo. Lo convencerán de

-Las "experiencias" de los "convencidos" no me interesan, aunque procedan de libros. Algo lei. Ningún análisis. Ningún examem serio y mucha moral. ¡Loable! ¡estimable! Pero... la Suprema Balanza, ¿aceptará como peso válido los obsequios que ya venían encintados de moral, que ya iban por eso mismo sobornando? ¿Como pueden tomarse en serio esos "peri-espiritus" que son y no son materia, algo más delgado que la película que rodea la semilla del maní? ¿Y ese rondar los úteros de las mujeres para ver de reencarnarse en el momento oportuno? ¿Y ese progreso que se consigue a costa de ir sacrificando la sensualidad, yendo a saltos por mundos de decreciente voracidad, ascendiendo en el escalafón, hasta jubilarse en planetas "celestes y divinos", donde habra unos acordes, unos vuelos y unas luces, porque otra cosa no pueden "ingeniarse" seres tan purificados?

Alejo y los muchachos Valle volvian; traian un mensaje consolador. Parecia que un gran espíritu había consentido en comunicarse, con mucha confusión de letras más entreveradas que en un telegrama extranjero que va a ser "alargado" por los diarios. Decía la comunicación: "Tened fe y perseverad. El mundo espiritual está interesado por vosotros. Pronto recibiréis una sorpresa". -Ya ve - le dije a Román - los que tuvieron exito con los

espiritus, fueron los creyentes. Salimos de aquella casa que Alejo alquilaba en Buenos Aires,

en el barrio poético de Belgrano. Habíamos terminado nuestros exámenes. Román y yo, medicina. Los primeros cursos de la ciencia que aspira a curar el cuerpo. Los Valle, arquitectura, arte y ciencia que "tira" más hacia el alcjamiento del cuerpo. Más adelante, cuando nos graduáramos nos dedicariamos a curar y descubrir enfermedades, viejas y nuevas, curables e incurables, en los suntuosos establecimientos, hospitales y sanatorios que edificarían los hermanos Valle...

En fin... de algo hay que refrse. La vida es demasiado seria,. y a veces, demasiado horrible. La mayoría de los hombres jóvenes pobres padecen mucho con el despertar de los deseos y apetitos y van encima de sus dos piernas, como a caballo, cruzando la ciudad de un lado a otro, llenos de ansias formidables. ¡Lo que camina un estudiante! Necesita andar porque así parece que se acerca y va a atrapar las cosas que precisa. ¡Tiene tanta penuria y aflicción! Le falta goce, le falta amor, le falta dinero y hasta tabaco. No tiene más que el Futuro, La Nada. El. . ; cuando me reciba! Entre tanto lee y lee, materias áridas, hasta que le entra un deseo enorme de estirar las piernas. Entonces camina y mira, mira mujeres que lo adivinan demasiado joven y necesitado. Recorriamos ciertos días muchas partes y lugares donde la di-

versión y el placer tendrían que haber sido grandiosos de ponerse

como digno premio a nuestras caminatas. 1Y los exámenes? ¿Qué me dicen de esta exhibición de des-

nudeces mentales frente a una "mesa" cinicamente sabihenda? ¿Cuándo acabará este sistema bárbaro, cruel y absurdo de comprobar el saber?... Hasta el más estudioso e inteligente se retira avergonzado de esa violación... Ese día, Román y yo, nos paseábamos lentamente y con des-

gano, pensando en lo bien que nos vendría un poco de vida de animal libre o, cuando menos, ir a vestirnos de nire y de agua en alguna playa... cuando de golpe nos topamos con Alejo. ¡Viejo muchacho bueno y generoso, Alejo! Le gusta abrazar,

palmear las espaldas y reirse con bondad y sin malevolencia. ¿Que tal, qué tal? ¿Les fué bien? Si, tenía que ser. Bien ¿Vamos a tomar algo?... Ya en el café, frente a las copas, hablamos.

-Vénganse conmigo, muchachos a pasar una temporada este verano en mi chacra de Luján, Inviten también a Juan y Rodolfo Valle que son íntimos. Va a estar alegre toda la muchachada. ¡Eh! Yo parto pasado mañana. Avisenme. Tengo piezas para alojarlos a todos. Con confianza, avisenme si van a ir, asi hablo para que preparen algo.

Yo recordé las mesas espiritistas y pensé: bueno, por tanta bondad, bien se puede alguna vez, de cuando en cuando, ser comensal en una mesa donde no haya vasos, ni viandas, ni siquiera barajas, y si puros y aburridos fantasmas.

—¡Cómo no, Alejo, cómo no! — dije. — ¡Con mucho gusto! Nos viene "de perilla". Román también asintió y le di las gracias. -Bueno, quedamos en tomar juntos el tren pasado manana, y avisen ustedes a los Valle.. - Nuevas palmadas en la espalda, nuevos y férreos apretones de manos...

-¡Hasta pasado mañana, Alejo! No es muy largo el viaje a Luján, ruta de peregrinos. Nuestras madres algo preocupadas cuando nos vieron embalar algunas ligeras armas de caza y cartuchos, nos exhortaron para que no fueramos a "hacer locuras". Pero cuando oyeron "Luján", se tranquilizaron. Ibamos a una tierra santificada, donde la desgracia es mas rara que en otras partes. Deberían de hacerse estadísticas comparativas. Para nosotros, que no habíamos salido de la ciudad hacía algo más de dos años, ese cambio y viaje aunque corto, representa-ba mucho. ¿En qué, en placer? ¡Si, mucho! En placer y en otras cosas, en higiene, por ejemplo. Me refa interiormente pensando en la opinión de un amigo, ya maduro, con respecto a viajes más largos que éste, por supuesto, a verdaderos viajes: "Lo mejor del viaje es el arreglo de las cosas en las maletas, antes de partir, y después el recuerdo luego de regresar; el placer puro, ¡Lástima que uno no pueda proporcionarse ese placer sin viajar!".

Ah, viejo diablo, puro desengano! Llegamos a Luján un luminoso día, "glorious day", como dicen los ingleses. Siempre la gloria representada con esplendores luminicos y color. Yo me la representa más bien con luna, con blancos brazos abandonados, con rodillas que se doblan. Me gusta una gloria más intima y menos enérgica que la que suministra el padre de la germinación y de los sudores; el Sol.

—Suban, muchachos — dijo Alejo, abriendo la puerta del Ford. En media hora llegamos. Nos espera un asadito "que no te digo niente". Subimos los cinco. Un hambre rara, que no era de Buenos Aires, ni de cerca de la Facultad de Medicina, empezó a hacerme comprender que la gloria podía consistir también en cortar tirade asado jugoso,

A poco trecho, después de dar vuelta el último recodo del camino, estaba la casa y el campo de Alejo.

Arboles, sombras, verdor, frescura, aromas de yerbas... antidotos de la vida de ciudad!

-Alejo, digame, ¿está siempre en su casa el "linyera" Félix?

sucede esto cuando hay cerca espiritistas entusiastas y frenéticos. Entre nosotros, la práctica de estas cosas siempre era precedida de un período de discusiones. Las mayores dudas, dificultades y refutaciones no hacen mella por lo general en los espiritistas que siguen imperterritos. Siempre les toca estar en su período demostrativo,

Como nosotros éramos muy jovenes, no sabiamos que no todo debe discutirse, y que no se debe golpear donde hay goma o melaza que a uno se le pegue.

Una noche la discusión se encendió. Hablaban Juan y Rodolfo Valle de las bellezas de la ascensión por esa especie de escala de Jacob, que es el premio del progreso moral espiritista, la ascensión a mundos desconocidos, cada vez más resplandecientes y más puros.



-El espanta-pájaros? Sí, como no. - Alejo se sonrió y dijo después:

-Me dijeron por teléfono que se había enfermado hacía poco, de algún cuidado. ¡Pobre! No quise decir nada para que fuera más agradable el arribo.

Oh! yo recordaba muy bien al "linyera Félix". Lo había conocido en mi anterior permanencia en "La Rosa", que asi se llemaba la chacra de Alejo, hacía algo más de dos años. Era un tipo curioso. Su vida en esta casa era una consecuencia de la ilustre bondad de Alejo. El "linyera" había sido su condiscipulo. Lo estimaba mucho y lo compadecia. Nunca se arrepintio de la decisión que había tomado de tenerlo en su casa sin fijar limite a la hospitalidad y sin exigirle retribución alguna. Si quería trabajar, trabajaba, y si no, no.

Recordé que antaño, el que recorría el campo, algunas veces, se encontraba en chacras y estancias con un hombre enigmático en un rincón, y que no tenía una función bien definida en la casa. Cuando se preguntaba por ese hombre, solian responder: "es la visita".

Eran visitas que duraban a ve ces dos, tres, cinco años. ¡Liberalidad de otros tiempos, generosidad y nobleza cada vez más

El "linyera Félix" era un hombre de una flacura inverosimil. Andaba vestido con ropas muy viejas y de un modo estrafalario. Sacos enormes y rotos. Sombreros de paja con las alas quebradas y llenos de yerbas secas. Aunque le dieran ropa en buen estado no se la ponía. Parecía-un hombre acabado y con trastornos mentales. Era, sin embargo, inteligente y sensible. Su vida había sido muy trabajada, muy penesa. Habia andado por Europa y, después de volver en un barco de inmigrantes, no se sabe qué vicisitudes y qué derrotas lo llevaron a una vida de vagabundo.

La primera vez que fué a "La Rosa" no me habian dicho ni una palabra del "linyera". Nos dirigiamos con Alejo a las habitaciones y antes de llegar a "las casas" reparé en un pequeno espacio sembrado de ver-

Dan resultado los espanta-pájaros? — pregunte al divisar dos de ellos de espaldas, como cadáveres desenterrados y secos que aun conservaran sus coyunturas; más propios para asustar a los hombres que a los pajaros.

El espanta-pajaros, querrás decir, porque el otro es el lin-

yera Felix, y se rio. Era extraordinario de ver ese hombre flaquisimo, inmóvil en un ademán extático con un brazo flexionado y el otro brazo esquelético estirado lateralmente; el enorme saco con agujeros por los que se veían pedazos de cielo y el sombrero quebrado y con briznas de paja. Desde aquel día le quedo de mote "el Espanta-

Lo interrogamos, Hablaba confusamente, de un amor, de un amor que no se entendía. Parecia más desgracia que gloria.

Llevaba un disco de fonógrafo quebrado en dos fragmentos del que nunca se desprendia. Aunque Alejo tenta un fonógrafo viejo, nunca consintió Félix en probar el disco, al que por otra parte hubiera sido necesario pegarlo antes con mastic u otra sustancia. Decla que era la voz de la mujer que amo lo que llevaba como recuerdo. Que las voces grabadas se velan en los discos cuando muere la persona a quien pertenecen... Nunca quiso probar el disco porque no se animaba.

-¿Nunca lo pierde? - pre-

-Una vez que me caf en un pozo disimulado por el yuyo. estuve dos días gritando hasta . que me sacaron. Lo primere que hice fué arrojar el disco, arriba, al aire. Después lo recogi y lo guardé.

Aqui esta, y se golpcaba el

Los asados de Alejo, los mates, las frutas, el vino, todo fue de una singular fruición. En el placer sensual de comer, respirar, beber y movernos, nos pasamos unos días sin pensar en nada. Todo era bueno, aun lo más grosero, después del estrago de Buenos Aires.

No se sabe nunca por que ru. tas sutiles y ocultas cae uno de nuevo en el espiritismo luego de haberlo olvidado; pero siempre

número de recaídas en la carne tenía que ser a la fuerza extraordinarjamente frecuente y que siendo los nombres, la anatomía, y aun las disposiciones que parecen más originales y personales, nada frente a la idea, al ser, a la perdurable, en definitiva, quien se iba a sentar en el trono era "El Espíritu", y, por consiguiente, llamar y evocar por nombres era superstición deplorable y lo mismo que decir: Llamo a A que es B, que es C, D. E. N. igual a 1; es decir: llamo al "Espiritu"

Entró el negrito Damián, criado de Alejo, con un mate en cada mano, a repartirnos el líquido verde que apacigua y sazona tanto Román, que se estaba haciendo poeta, dijo:

-Los espíritus cumplen preceptos y horarios para obtener ascensos. Todo esto me recuerda la vida y costumbres de escolares en la enseñanza primaria, secundaria y aun universitaria, dende sen más importantes que el estudio, los examenes, premios y diplomas.

> se deberia creer en cosas verdaderamentes espirituales. Por mi parte, no creo en la felicidad. que no trate de absolverse de todos los pecados: tiempo, espacio, fuerza, inercia, causa, etc.... Pero si no se puede prescindir del tiempo y del espacio, claro es que habría que buscarse lo más leve que pueda sostenerse, para ello fuerza es abandonar pesado. . ¡Ah! si uno pudiera vivir entre una cuerda y un dedo, entre un pincel y la tela y escurrirse sonando o reflejando... desde estos artefactos de Dios, sin preocuparse de que El sufra, para que no se pierdan el gusto y la expresión... Pero veo que estoy disparatando...

Los hermanos Valle decian que hay que experimentar y no discutir; pero con placer cedian a hablar de la sensualidad espiritista, que pone los ojos en blanco a los adeptos: "los mundos celestes y divinos", el acorde de las esferas". Hablaban con seriedad de eso, rellos que no conocían nada de la música terrestre! ¡ellos

vio un mate que chupo con ansia, hasta que se oyo un ruido de sorbimiento final, bien fuerte. Luego dijo:

vuelvo pronto. Quizas venga con un "medium" muy bueno que conoci en una sociedad y que se ha hecho amigo mio. Ya estuvo una vez en casa y conoce al "linyera" Felix. El pobre "Españta-pajaros" parece que no va bien. Mirenlo, observenlo ustedes que saben. Yo me voy a dormir para ir manana temprano y volver a la tarde o al dia siguiente.

nía algo de curandero y algo de Mefistófeles de Music-Hall. A mí me parecia recordar haberlo

visto en algún teatrito de las calles 25 de Mayo o Paseo de Julio. Pero no podia asegurar nada. El hombre tenía o afectaba una dignidad y reserva grandes. Era "profesor y "medium" de alto vuelo". Se hacía llamar

Spruce. Pensé que las reuniones espiritistas se repetirian, pero que ya habia quien cargara con las

En cuanto volvió Alejo, preguntó por el "linyera". Le informaron que seguia peor. La enfermedad de Felix era oscura, pero positivamente se moria. Con lentitud y cediendo paso a paso, como buen trabajador resistente que habia sido, pero se moria.

No sé si habrán observado que la proximidad tiene bastante parte en la impresión que nos causan la agonia y la muerte. Lloran las campanas el eterno ceder de las vidas, la perenne derrota. Nos anuncian desde lejos otra caída, otra horizontalidad. Recibimos la noticia de que alguien está grave, pero alejado: es algo casi informativo a lo que se hace poco caso. Pero si el que muere está cerca, a pocos metros, nos sentimos inquietos, aunque la persona no sea de nuestra afección Brofunda. Podemos pensar en todo momento en la muerte, pero nos disgusta que sus muecas, su olor, su indumentaria, se nos

Yo dije que, siendo esta elevación muy grande o infinita, el

Todo esto es nesadez, oficina, maitines. Si es forzoso creer en algo,

que no conocían más que el Himno Nacional y algunos tangos! En eso entro Alejo. Venía de disponer algunas cosas. Se sir-

Muchachos, tengo que irme de nuevo a Buenos Aires, pero

Volvió dos días después acompañado de un hombre raro. Te-

ser agua de tinichlas. Milagrosamente el fonógrafo se puso a sonar, bien alto y continuado, la antigua melodía. La letra ingenua, decía:

-Pongalo que se va a oir, dijo Spruce.

Yo te amaba, si, si, con un gran amor. Las estrellas en el cielo están

hagan íntimos. No es cobardía, no es temor, no es egoismo

que tiemble, esto sería demasiado trivial. No sé que será,

pero si se me permite, y aun a riesgo de provocar las risas más

francas, diré que por mi pasa, en circunstancias semejantes, ent

una sesión espiritista esa misma noche, con asistencia del "me-

dium" Spruce, pues éste tenfa que regresar pronto a Buenos Aires.

unión fuerte!, que era como decir que ibamos a poner los cables

se encontraban de visita en una casa a más de dos leguas de dis-

tancia. Comimos con sobriedad y continuamos con una larga so-

bremesa, esperando a los hermanos y bebiendo abundante café; in-

fusión es ésta más peligrosa y sensibilizadora de lo que se cree ge-

muchachos, Alejo y el "medium" Spruce, alrededor de una mesa

estaba puesto mirando a la hilera de piezas. Las puertas todas estaban abiertas de par en par porque la noche era calurosa. El ojo

sin párpado del espejo miraba las cosas impasible, con esa indife-

rencia de ojo sin retina que no necesita guardar imágenes en el

interior del mueble. Ojo que parece decirnos: ¡Oh! ¡lo que yo miro

bre la mesa, Spruce se retiró a alguna distancia y se volvió a sentar, quedándose en una especie de concentración o ensimismamiento.

aceptado la idea, quería hacer una experiencia singular: evocar el

espíritu de "Féax el linyera", que estaba por morir y que actualn ente se encontraba en un coma. Juan y Rodolfo Valle dijeron que no

les paregian bien esos juegos, pero se adivinaba en sus semblantes

que estaban visiblemente interesados por la novedad de la proposi-

ción. Juan dijo si no sería algo parecido a una crueldad o a un cri-

veces antes de que cese la vida orgánica, y que a veces tambien el

espíritu se complace en presentarse en el momento preciso de la muerte corporal a la persona que estima". Por mi parte, creo que si

algun resultado se puede conseguir, serían más favorables estos momentos que ningunos otros para obtener efectos anfinicos interesan-

tes. ¿Por que no podría presentarse ese espíritu, despidiencese de

de fonógrafo con la voz de esa amante ignota,; esto ayudaria qui-

puntillas al cuarto del enfermo. Volvió al poco rato y nos unjo que

lo había encontrado en un confuso delirio y que le parecia que no

podia durar mucho. El pulso se le iba haciendo rapido, el corazon te-

nía intermitencias peligrosas. Ahora venía con el disco, se lo sacó

espíritu para aprovechar el momento mismo del transito. El "me-

dium" había entrado "en trance" y se le notaba espa, a en la boca.

"nada", como la entrada al espejo. Somena de presentara un es-

piritu, uno solo auténtico, uno muy antiguo, mas que l'itagoras que

enseñaba la transmigración de las almas, ese espíritu debería pre-

sentarse en la forma de una multitud, por causa de todas las carnes sucesivas que ha recorrido, y, esa multitud, fermentada de recuerdos,

rompería quizá la resistencia del azogue y del vidrio, o se escaparía

por los ángulos, y al invadir la pieza, nos ahogaría con su afán de

estandarte hecho jirones y derrotado. En su rostro había sufri-

miento y ansia. No se si los otros lo vieron. Los hermanos Valle

se levantaron. Estaban pálidos y salieron al balcón que daba al

deja su envoltura terrestre para volver al mundo de los Espíritus.

Que pueda entrar allí en paz y se encuentre con los espíritus bue-

como un cammo con muchos baches. Se oía apenas, palabras ais-

que Félix, venciendo el sopor, nos llamaba. Pedía que le tocaran

mesa de noche junto a la cama. Tras de nosotros venía Spruce.

que un pequeño torbellino de agua que se hiende al centro y em-

pieza a girar. El agua se estremece en el más angosto círculo,

en el más apretado, antes de ser absorbida. Estertora, no quiere

En eso vi en el espejo al Espanta-pájaros que pasaba como un

"Dios todopoderoso y misericordioso, aquí tenéis un alma que

El disco de Konografo sonaba, pero no se oía nada casi; era

Yo .. amaba... amor... estrellas... eternas solas..., fir-

Fuimos, sin embargo, con el aparato y lo pusimos en una

Yo miré a Félix y me pareció que su vida se iba lo mismo

cielo.. palpitan... Alejo, que se había ido, volvía. Decia

zás. El disco roto lo pego yo mismo con dos broches y ya esta

-Propondría también, continuó Román, que se pusiera el naco

Nadie le contradecia; pero a todos les parecia estar vicito o

Román fué, trajo el aparato y le dió cuerda. Luego se acerco de

Rodolfo dijo que invocáramos incesantemente la presencia del

al espejo fi-

extrana "re-

Bullana csa

-No creo, dijo el otro. Sólo Dios puede desatar las almas de

-¿No dice Allan Kardec, en el "Libro de los Espíritus" que "la separación definitiva del alma y del cuerpo puede efectuarse a

Después de un rato bastante largo de estar con las manos so-

Roman dijo que, de acuerdo con el "medium", que ya habia

A la tarde, Alejo nos dijo que, si gustábamos, podíamos hacer

Los médicos habían dicho que el "linyera Félix" estaba en gra-

-Quizas, añadió, una sesión espiritista podría ser beneficiosa

Roman y yo sonreimos. Bueno, jesa noche hariamos una re-

Mandamos un "chasque" avisando a los hermano. Valle que

Poco después de la una de la mañana nos sentamos todos los

Todo se encontraba en la penumbra. Frente a mí y a Roman había un antiguo ropero que tenía un espejo ovalado. Este mueble

otros sentimientos oscuros, uno de vergüenza.

visimo estado y que no había nada que hacer.

neralmente, sobre todo cuando se abusa.

que estaba en el cuarto que daba al jardín.

no es sospechoso de "subjetivismo"!

men llamar el alma del agonizante,

los cuerpos. Román dijo:

Alejo, a quien tanto estimó?

algo sensacional y prohibido.

jardín, a decir una oración.

el disco junto a la cama,

-No se oye, repeti yo.

Alejo estaba apenado y nada decía.

de la cama a Félix, sin que se diera cuenta.

Ye, con las manos descansando en la mes.

jamente. Sentia como un peso en los parpad .

verie me poseyo. Veia a Felix entrar en ili na

ladas, y una melodía antigua entrecortada.

-Pero si no se oye nada, dije yo.

a él o a nosotros . .

de alta tension.

Ellas que son eternas, ellas solas son firmes, con ellas te mira mi pena que es [un cielo nocturno!

¡Vuelve a ver "mis estrellas" que palpitan. como antes que te fueras!...

-Voy, voy, dijo el "linyera Félix". ¡Pronto! ¡Pronto! Se dió vuelta y expiró.



Meses después, las estrecheces y dificultades de la vida me habían llevado al Paseo de Julio, para vivir más barato. Iba caminando tristemente y pensaba en el dicho de Román: ¡Ah! ser alguien que viviera como sería de desear vivir: entre una cuerda y el dedo y revolotear; entre el pincel y la tela, y escaparse reflejando ... De pronto me encontre con Spruce. Le dije que ya habia notado que él era buen ventrilocuo y que también sabía trasplan-tar los espanta-pájaros cuando la buena estación comienza. Me miró con gravedad, luego sonrió.

-Oh, no hay nada de malo en lo bueno, dijo. Cuando lo dejé, me decía a mí mismo, que al fin era bueno

nen sofisticaba, pero regalaba ilusiones. El pesimismo y la soledad me decian: "Puede haber alguien ue haya pasado una temporada muy larga sin conocer la ternura,

ma "temporada" que se extienda de la cuna al sepulcro. Alguien a quien haya tocado el Infierno-Soledad. Si éste fué Félix, a la salida tuvo siquiera una melodia y palabras de amor. ¿A la salida? Quien sabe! ¿Por qué no creer que fué a la "entrada" el encanto, l entrevero de ensueño y encanto que borra la pesadumbre de la ida Inmortal?



UISITA Roquez tenía suerte. Desde el año 1929, no había quedado un mes sin trabajo, y de todas las compañeras que entraron a la fábrica ese año, sólo ella y Norma Garel seguian alli. Es cierto que eran cumplidoras. Luisita se levantaba a las seis todas las mañanas; prendia el fuego, tomaba unos mates y lo dejaba preparado para su padre. Algunas veces también tenia que secar con la plancha las medias que había lavado por la noche.

Ese sábado por primera vez trabajarían medio día; ella había cido decir que el gobierno "lo mandaba" y cuando ola criticarlo politicamente — ella lo defendia diciendo: "muy bueno que es, nos dio el sabado inglés".

Esa tarde, le gustó tánto estar en su casa!... Sacó al patio todo lo que había en la pieza; lavó el piso y las puertas, luego planchó una ropa que había dejado tendida su madre y se puso a remendar unas medias.

A pesar de todo lo que hacía, no podía quitarse de la cabeza lo que el capataz le había dicho al salir.

Y ese "adelanto" significaba mayor salario y esto quería decir su vez, un poco más de leche para el desayuno. Así ,alcanzaría a

todos y alguna otra cosa más. Sentía dentro de sí, una impresión rara cuando su madre servia el café y repartía la leche por edad: a los más chicos, más le-

che que café, a los medianos — entre ellos estaba ella — más café que leche, y a los mayores, café negro o mate. La comida tenía también sus cantidades y calidades, si había puchero - vale decir, carne y papas, alguna zanahoria y a veces porotos - se procedía como en el desayuno: poca carne y más papas a los chicos, carne y menos papas a los otros y carne con rastros de papas a los grandes. Así se iban criando. Pero, a pesar de la costumbre, Luisita sufría por la distribución sistemática que era necesaria al servirlos. Su madre lo hacia con toda naturalidad

y todos recibian su porción de la misma manera, Otra cosa que le dolfa, era el "pase" de los vestidos y de la ropa, por eso decla: "¡Que mi mamá me arregle sus ropas, me gusta; pero que el vestidito que yo uso, el año que viene sea para mi hermanita, no me gusta!"..."; Veo tántos vestidos para ella en las vidrieras de Blandengues!..."

Sentía lo mismo cuando se trataba de sus hermanos menores, El mayor ganaba algo - era repartidor del panadero de la vuelta de su casa - y podía comprarse unas zapatillas o un traje, que despuéa pasaba a los chicos. No sufría porque no tenía con que comprar, sino que esa cosa fatal de recibir siempre une lo usado... Esa tarde, cuando estaba zurciendo las medias, vió llegar a su

bermano con unos papeles en la mano y le preguntó: - De donde venis?

-- Del canto! ¿Vas a ser profesor?...

-No, Luisita. Dominicci (era su patrón) me llevó a la parroquia para la misa.

- Ah! ¿Y te gusta? ¡Te van a embromar los muchachos con los curas!

Ella conocia el "coro". Por la noche ensayaban en el colegio y, icosa curiosa!, mientras cosía escuchaba los cantos y no podía imaginar que uno fuera el panadero, que otro era el carnicero y que también cantaba el sastre y una punta de muchachos como Juan. Así decia: "Los oigo y me parece que son otros hombres,



¡Porqué? Luisita sabia qué la ponia triste y qué le daba alegria y vagamente se formulaba un porqué.

Ese dia en que se levantó del cine y que le dijeron tantas cosas las compañeras, ella explicaba sencillamente: "no podía diver-

tirme al ver sufrir a esa pobre mujer". Le sorprendia a veces que no les pasara a otros lo que le su-

cedia a ella, pero era sincera y no aguantaba una cosa que no le gustara por seguir a las demás. Con Norma Garel congeniaba; tenian la misma edad, 17 años, y

se tenían el mismo cariño. Se habían criado en el barrio del puente; siguieron los grados juntas y entraron el mismo día a la fábrica.

Si Luisita recibia algún regalo, se lo daba a Norma, y si el regalo había sido para Norma, se lo llevaba a Luisita. Esta, el año pasado para el santo de su amiga, no tenía nada para regalarle, durante cuatro meses los domingos tempranito baldeaba los patios de algunar, vecinas por unas monedas, así juntó unos pesos y le regaló una caja grande de bombones — con galones dorados y una la chica y como le decla a Norma: "siento como si me apretaran por dentro y me sube una cosa negra a los ojos". -¡Arreglastes para mañana? Y..., no sé si Antonio viene, el domingo pasado me difo

La Penosa Obsesión

Una vez que comieron, lavó los platos y la cocina; se fué a lo

-A ese viejo hay que tenerle miedo. ¿Que tiene que llamarte

-El "viejo" no era tan viejo... sería un hombre de unos cua-

de Norma, pues necesitaba confiarle la propuesta del capataz. Tenía

él y darte la contestación esta noche? ¿ Por que no espera al lunes

renta años, gastado y brutote; las obreras preferían creer que no

Ese día llamó a Luisita y le dijo: "Voy a decirle al patrón que te dé otro puesto; estás grande y linda para seguir de "urdidora".

Más que la proposición le sorprendió el "tono" con que lo habla dicho, aunque la conocía desde chica y la trataba familiarmenta.

Sin embargo, no podía dejar de alegrarse y ya hacía proyectos

No quiso decir nada en su casa hasta no hablar con su amiga

Recordaron el primer dia que fueron a la fábrica, ahora se refan, porque entonces el corazón les latía fuerte y Luisita dijo:

-¿Te acordás cuando nos pagaron la primera semana? - de-

-Yo le di los \$ 3.60 a mi mamá y élla me dljo que me giar-

Para Luisita ese beso de su madre significaba mucho, porque

Así fueron los insultos que recibió esa tarde cuando mandó bus-

Demoró, pues tuvo que poperse unas zapatillas limpias y cuando salieron, el padre estaba en la puerta y le grito: "la estas ense-

Las dos chicas se apretaron las manos y Rosita dijo: "ella no

Luisita miró a su padre y sin decirle una palabra siguió hasta

car un sifón. Rosita fué a pedirle los diez centavos y ella le dijo:

nando para señorita, ino se va a ensuciar por traerme un sifoni ..."

quirre que vaya sola", con los ojos llenos de lágrimas.

-Y yo, me compré un corte para un vestidito, ¡de lindo! -Yo me creia tan grande, que cuando entre a mi cana se me

mimos también; la vida era muy dura y la ternura no tenla tiempo!...

con el aumento de salario, pero se desvanecia pronto su contento orque sentia un malestar al recordar la voz y los ojos del ca-

y Norma no la alentaba, al contrario, confirmaba su mala im-

una inquietud que no sabia explicarse.

y te lo dice en la fábrica?

dara los sesenta.

chica lo hiciera.

"esperate que voy".

estaba presente, ni lo miraban.

Le contó todo a su amiga y ésta le dijo:

hay que progresar, en "tejedoras" hay vacante"

"Lo mismo que el día de mi primera comunión".

que quería decirle algo a mi mamá pero, no le dijo nada y a las diez se fué con Juan a la cancha de bochas. -¡Qué cosa, Luisita! Vos hablás de Antonio como si no te

importara nada. -¡Como no me va a importar, si ya hacen tres meses que nos hablamos!

-1Y entonces? -LEntonces qué? Me casare cuando él pueda, yo no tengo apuro.

-Ché, vamos a la via a ver si llegan; a mi me gusta el amigo. Norma sacó un peine, le arreglo la melena a Luisita, luego se puao polvos mirándose al espejo y se rela porque estaba roto y tenía que mirarse a pedazos.

-Cuando pasemos por casa te doy uno, tengo dos con el que me saqué en la rifa del colegio.

Iban caminando hacia "las barreras" y se cruzaron con el capataz y lo saludaron, pero las chicas se hacían las apuradas y hablaban precipitadamente, como si fueran muy interesadas en lo que se decian, para no darle tiempo a que las llamara.

-: Nos libramos! - dijeron las dos al mismo tiempo, con un suspiro de alivio.

-Ahi vienen los muchachos - dijo Norma, y se pararon a la sombra de un farol,

-No sabia si venias, Antonio. -LPorqué?

-Porque ayer, cuando salía de la tienda, me dijo Francisco que vos trabajabas, -1Y en qué se mete Francisco? ¡Si quiere novia que se la

Se tomaron del brazo y empezaron a caminar, siguiendose una pareja a la otra... Pasó el tren para Rosario: el reloj que no se para, y se se-

Norma abrazó con vehemencia a Luisita y le dijo: "Yo tambien me caso"

-Yo no hable más con Antonio.

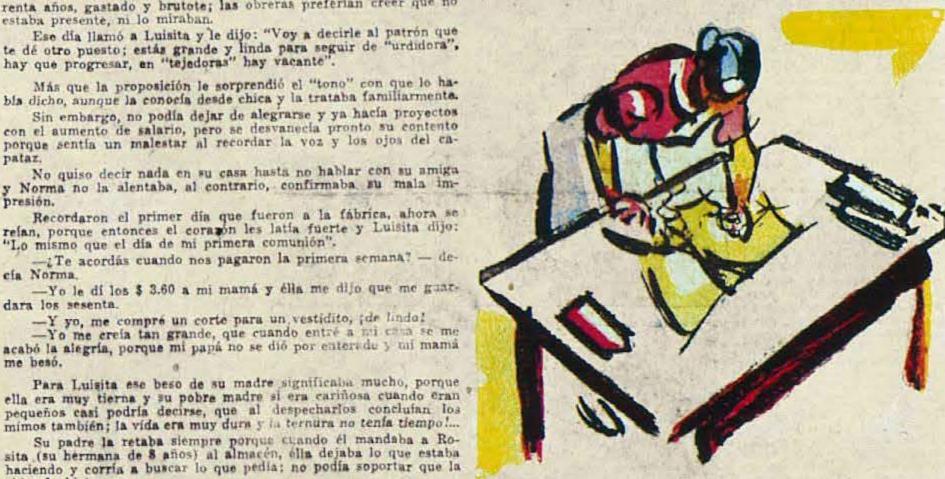
- Qué decis? ¡ Porqué? - Porque le conté lo que me había pasado con mi papa y...

-¿Qué te dijo? -Que era un viejo haragan, que si querla sirvientas se las pagara y que yo era una sonsa en llevarle el apunte.

-IY vos te enojastes? -No; yo le dije que no hablara así de mi papá. ¡Vieras cómo puse! ... Y me dijo: "¡Yo hablo como se me da la gana!" ¡y largo una palabra...!

-No, no puedo seguir con el. Norma; ye necesitaba cariño y no que insultara a mi papa!

Norma un poco sorprendida, comprendió y en alleneio fuertemente aga radas del brazo, unidas en un pensamiento infinito y sin



nombre, respiraban jazmines, azahares y rosas - sin saberlo mientras caminaban hacia lo de Luisita.

Paradas en la puerta con las manos de una en otra, Norma le dió un beso, diciendole: "Hasta mañana. Te busco para misa de Luisita miró alejarse a su amiga y después de cerrar la puer-

ta de calle, en puntas de pie, entro a la pieza. La familia dormia.

Tanteando llegó hasta su cama en donde dormia también Rosita. Prendió un cabo de vela que tenía sobre su mesita, puso en orden sus ropas, se acosto.

La chica ocupaba toda la cama, entonces, suavemente la corrió hacia una orilla, le levanté la cabeza con muchas precauciones para que descansara en la almehada; luego retiró de la cara los rulos que la cubrian y se quedó un rato mirándola... y de su corazón le salla por los ojos una fuerte intención para defenderla de todo, lo que nadie había hecho por ella.

Apagé la vela, Despacito se fué deslizando hasta quedar tendida al lado de su hermana. Pronto su respiración entró en el ritmo de los que ya

Ella se decía para serenarse: "es porque está sin trabajo y se enoja", porque le indignaba que hablara de esa manera delante de

POR GRACIELA BALIERO



El suicidio es una comodidad para uso domestico.

Cuondo un hombre ignoredo guiere casarse, todo el mundo le espulga el árbol genealógico. El esposo sólo tiene deracho a quedarse con la rais o el tronco.

Todos los abolengos son almidonados, para que se ensucien menos.

Sufra harriblemente frente a un raquitico, porque no se adónde el Estado le colocara las condecoraciones, si llega a herne de un momento a otro, cosa que ocurre a cualquier desnutrido.

Todo amigo es estimable, cuando vive en otro país.

Solo por la sungre se adrierte que los creus son justas. El caso de la race, que es buena, despues de haber muerto por nos-

Que explicación da Cain o mundo, al asesinar a su hermno, sin tener siguiera un sil pagare firmado al finado Abel. ?

Tengo un amigo que tan arraigado tiene el sentedo de la propiedad, que ha convertida an cerebro en un b' n rais, nos trasladándolo a ninguna parte.

Las únicus reputaciones que no se ensueian, son las de los parel't cos. purque no pueden salir de noche con el carrito de

Les purbles y les hombres se fast 'inn por el exceso de popula dad que disfrutamos los escritores anonimos.

La unica puerta legitima para pusar a la espectabilidad, es la de la murmuración pública,

pelos del bigote, se les examinara con microscopio, se les encontrarian germenes de todas las

Si a las palabras, como a los

lo único que puede ocurrir es que estén en discordancia con sus contemporáneos. La perversidad es la unica que

Todos los seres son morales.

eleva a los hombres, que llegan u instruirse, con el único fin de compenetrarse de ella.

El odio auténtico, sin adulteraciones, es el que se vierte contra los que son más inteligenson falsificaciones de pimentón a base de polvo de ladrillo.

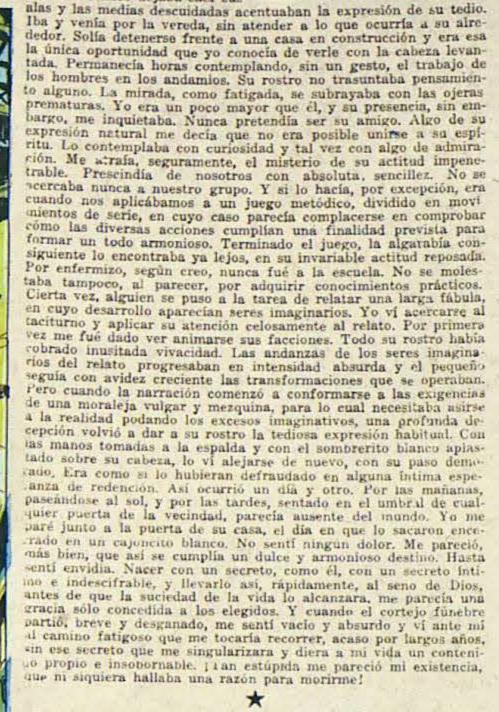
tes que nosotros. Los otros odios Lo lógico en una tragedia es que los dendos de la rictima se vistan de desesperación. Otro traje, seria demasiado llamativo en el velorio. Un padre que ame a su hijo y guiera dejarle una carrera productivo, debe instalarle una empresa de pompas funebres. ¡Todos se tienen que morir! Además, le proporciona el regocijo de enterrar a un enemigo. Sólo hay dos maneras de morir. En mano de un asesino in consciente de guardapolvo blanco, o en las manos del otro a quien no le interesa el guardopolto para ejercer su profesión. Tan se ha venido a menos el oficio de vivir, que hasta en la cárcel, si nos portamos bien, nos rebajan la pena que hemos buscado licitamente. Hasta en el presidio se encuentran corazones deformados por la ternura. Yo tengo muchos partidarios que se averguenzan de pensar conmigo. Con precario o tropical entusiasmo, todos mentimos en eso de: mucho gusto en saludarlo! La prueba palmaria en las playas, de que ha pasado un hombre civilisado por la arena, son sus juanetes. Todo hombre podria hacer cosas grandes, si no fuera tan egoista, como suicidarse, por ejemplo. Invocamos al Destino, para referirnos a otra cosa que nos permita olvidar el motivo autentico. La luna tiene rocaciones malsanas, se reprisa hasta en los pantanos. Yo conosco un Gobernador de provincia grandioso, que tiene por la verdad institucional, una maravillosa indiferencia. Soy un fervoroso admirador de los empleados de oficinas que dejan el hiendo en Por Omar Viñole DIBUJOS DE RODRIGUEZ

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI cinta colorada — que compró en la confitería de la estación.

CRITICA REVISTA MULTICOLOR - Major circulación sudamericana Buenos Aires, Noviembre 11 de 1933

El Destino Se levantaba apenas unas seis cuartas del suelo. Ten-dría siete años de edad. Era pálido y delgado. Vestía Armonioso siempre la misma ropa. Y su actitud era invariable. Se paseaba por el sol, despaciosamente, con la cabeza gacha y las manos tomadas atras. El sombrerito de brin blanco dejaba caer sus

Por Roberto A. Ortelli Bustración de Pedro Rojas



El Alma El pedazo de cielo que se recorta sobre el patio de una casa de departamentos, es un hecho que, en Destenida la vida moderna, tiene insospechada trascendencia. Si no existiera, es posible que los hombres encerrados en esas casas mostraran el espíritu mustio como las plantas a las que se pretende mantenerlas absurdamente bajo techo. Y se guramente las mujeres perderían la vivacidad de sus ojos y la profundidad sugestiva de sus miradas. Perderian de tal modo el sentido de la distancia que sólo podrían pensar en las cosas inmediatas, incapaces de alejarse de sí mismos, y la imaginación pereceria asfixiada. Pegarian sus narices a las cosas, usarian grue sos lentes y desarrollarían sus manos de modo fabuloso, porque a sus sentidos les faltaria el complemento ideal y básico de la Jeal tad imaginativa. Sólo aquel pedazo de cielo que se recorta en ir altura, surcado a veces por el volumen sensual de una nube blan ca, humaniza sus gestos y les procura la medida gloriosa de la infinitud. La distancia y la ilusión, lo absoluto y lo inasible, acusan la medida exacta y miserable de lo que se ofrece a su alcance. Por ese pedazo de cielo azul asoma la presencia de Dios y va hacia ellas la gracia divina. El corazón oprimido y el espíritu encadenado, se redimen por ese pedazo de cielo azul. Ni el lenguaje del amor, ni la solemnidad de la muerte, ni el dolor substancial del nacimiento, ni el gesto aburrido del vivir, podrían alcanzar su pro fundidad gloriosa sin la presencia de ese cuadrado altísimo. ¡Ay de aquellos en cuya casa no haya cielo! Sus dolores no tendrán eco, será opaco el latido de sus corazones, no tendrán amparo en su fracaso y se irán de la vida con el alma desteñida y el pe-

Un Crimen La emoción que me produjo la lectura de aquella maginario verdaderamente absurdo. El crimen de aquel desgraciado -- yo no sé por qué extraño proceso mental- me pareció mío de una manera tan absoluta que ese acto de

leer lo crei incierto y consecuencia de mi crimen. Pensé que, en realidad, yo habia cometido, con mis propias manos, el asesinato atroz que relataba el diario y que en ese momento, en la subver-sión que produjera en mí la comisión de tan horrendo delito, sonaba estar leyendo las referencias minuciosas del mismo. ¡Buscaba con doloroso empeño mi nombre a lo largo de la crónica! Y detalles que yo no hubiese percibido en la ejecución alucinante. Sentía palpitar mi corazón con ritmo tumultuosopla sangre acudía a mi rostro; las manos me temblaban y la mirada se oscurecia, Algo pugnaba en mi para devolver mis emociones a su curso normal. Pero la agitación íntima aumentaba y el diario vacilaba en mis manos mientras los ojos recorrian con avidez sus columnas, en una carrera incierta en la que iba formando mi propia acusación irreparable. Yo había estado sentado en aquel paseo, junto al lago, y había contemplado a la pareja entregada a sus ocultes juegos de amor. Y mi soledad me inspiró absurdas acciones. Obstinadamente, atendiendo los detalles más minuciosos, medité un drama brutal. Es más: lo ejecuté. Vi los rostros contraerse de es panto y los cuerpos rodar por tierra ensangrentados. Y mis ropas desgarradas en la lucha empeñosa. Luego de ello, una gran tranquilidad se había posesionado de mí. Al volver hacía el centro de la ciudad, sentí mi espíritu ágil y dispuesto. Por la noche estuve en un baile e hice gala del mejor humor. Y ahora venia ese diario a ponerme de nuevo en la realidad pavorosa de mi delito. Pero no. El recuerdo de los momentos vividos el día anterior, lucgo de haber cometido mentalmente mi crimen, cumplió la tarea de devolverme a la realidad. Y entonces fué intensa la satisfacción que experimenté. No por la comprobación de mi absoluta inculpabilidad legal. No. Es que el crimen tramado por mi se habia co metido, a pesar de mi pasividad y contra mi inercia, que lo habían dejado proyectándose en el tiempo y vibrando en mi ánimo cobarde. Había pasado, entonces, a la categoría pacífica de heche consumado y mi espíritu estaba libre de su engendro pavoroso.

Cuando el médico jefe entró a la sala, aquella ma-Dolor y nana, vistiendo su impecable delantal blanco, todos los enfermos estábamos bajo la impresión del grito Muerte doloroso, obsesionante del 19, un viejo a quien habían internado la noche anterior. El médico se acercó a mi cama:

-¿Ha gritado así toda la noche? Un gesto de compasión tomó expresión en su rostro. Fué hacia la cama senalada con el No. 19.

El 19 estaba sentado en la cama, todo encogido, con la cabeza entre las rodillas.

Mucho, doctor! -Bueno; no te quejes más. Ahora te voy a hacer dar una inyección y te pasará-. Lo palmeó en la espalda, suavemente, y sa-

Poco después vino el cabo enfermero y aplicó al 19, evidentemente por disposición del médico jefe, una invección de morfina, Por el momento, cesaron los gritos y fué posible cambiar algunas palabras de cama a cama, comentando la excelente disposición del médico jefe. Pero en seguida se extinguió el efecto anestésico y el pobre viejo de la cama No. 19 volvió a sus lamentaciones y a sus

No había transcurrido media hora cuando volvió a aparecer el médico jefe. Dura y visible contrariedad sufrió su ánimo al tropezar de nuevo con los gritos del 19. Volvió a acudir a mí:

-¿Estuvo el cabo?

¿Duele mucho, viejo?

—Sí, doctor; y le aplicó una invección.
—¿Y ha gritado de nuevo, enseguida?
El médico jefe se fué hacia la cama No. 19.

-¿De qué te quejás, viejo de porra? ¡Si no te callás inmediatamente te voy a hacer sacar de la sala! ¿Has oído? ¿O te cres que vas a tener a los enfermos pendientes de tus mañas".

El viejo de la cama No. 19 se limitó a mirar al médico jefe con la única mirada que podían dar sus ojos en ese momento. Demacrado y abatido, atravesado por ese dolor agudo, sus ojos estaban secos y vidriosos: habían llorado demasiado. El médico jefe se alejó a paso rápido, agitando sus brazos en

enfermeros, trayendo una camilla. Los dos se aplicaron a la tarea le trasladar al viejo de la cama No. 19. Después supimos que lo habían aislado en un cuartucho. Y dos días más tarde nos enteramos de su muerte.

Mientras dirigía la curación de mi herida, le pregunté al mé

ademanes de descontento. En seguida penetraron a la sala dos

¿Así que murió el 19?

-No tenía remedio. Gangrena. ¡Pobre viejo! Y pasó a revisar al enfermo de la cama cercana, con cierta

molestia.

uatro Pramas PICOPONESO JAZMIN Se levantaba apenas unas seis cuartas del suelo. Tendría siete años de edad. Era pálido y delgado. Vestía Por Roberto A. Ortellia















































ROBERTO LEDESMA. -Trasfiguras. Tor, Buenos Aires.

ESTE volumen (de no muy gloriosa presentación, aunque muy superior a otres productos de la culpable editorial que sabemos) no admite un juicio general. El findice lo ordena en seis partes, sin contar un soneto en letra cursiva a Froken Greta Garbo y un balbuciente prologo que pasa del aforismo sentimental a la discusión literaria, sin mejorar fortuna. El soneto no es menos heterogéneo, pues alterna los prosaismos de la languidez, de la obligación de rimar o del resignado descuido (Eres la que se sale del enfoque y de todos los moldes te derramas, más grande que tus films, piedra de toque de directores y de cinedramas) con los del calembour deliberado, no indigno de Muñoz Seca

o de Góngora: Fuerza lineal, en signo, con nuevo, garbo de estilo Greta

Sombras, la más extensa de las partes del libro, consta de una docena de piezas. De ella destaco esta variación agradable sobre el antiguo tema del sueno como simulacro o metá-

Bibliogr fora de la muerte (aquí más

bien como disciplina o peda-La Noche es una hermana Ide la Muerta,

que los pesados párpados Ime baja; sopla mi mente, demasiado Ifuerte, y me arroja una sombra, una Imortaja.

Al cuerpo educa en el estarse linerte que conviene al tamaño de lla caja, y el alma, que no deja que Idespierte, en su ciencia de olvido se [aventaja.

Y una vez, como estaba [decidido. nasta este lecho en que he Idormido tanto, vendrá la otra, con el mismo Colvido,

y cegará también, pila de Illanto, los ojos que hace mucho han

[aprendido a cerrarse sin lágrimas ni lespanto. El soneto es bueno, pero más memorables son estos versos de

la página 26: Mañana saldré a la luz trasnochado hasta los huesos. Atardeceres es la más prescindible de las seis divisiones. pero es de las más cortas. Este fin de poema es de una incom-

parable debilidad: Lienan la tarde suspiros de consumidas esposas. Viento en celo que pasaba y desfloró las corolas, lleva su amor forastero por otros rumbos ahora. Y se perfuman tus pasos en un otoño de rosas.

Vuelvo la página y doy con

un soneto eficacisimo, cuya deliberada brusquedad y cuya sintaxis patética recuerdan uno de los modos -indiscutiblemente el mejor-- de Manuel Machado:

En la eterna guerra y el eterno cieno, de este mundo obsceno y esta pobre tierra, esta vida perra solo tiene bueno

de la muerte el seno jel seno que aterra! No quiero estar firme sobre lodo y lodo, mas no quiero irme.

10h, si hubiera sido lo mejor de todo nunca haber venido!

Coplas de la espera, otra parte, es una reedición de las amenazas más incómodas y más burdas del amor andaluz, que promete matarse si lo desdeñan, que hace chantage con féretros y campanas, etcétera, etcétera, Cielo de amor, en cambio es un buen ejercicio de aprendizaje de Enrique Banchs.

Llego a la penúltima página, la 91. Releo este soneto de originalidad esencial, vindicación espléndida y suficiente de todo el libro:

Alguien, que, sin tomarse [recompensas. va recogiendo todo lo que en cada dia, sombra fiel, a lexpensas de la esperanza, me agrandó

[el recuerdo. Encantador, después, me Itrocó en oro lo que yo abandoné por [acabado,

y al fin, guardián, me cuida leste tesoro, este tesoro de lo que [ha pasado. Riqueza que le tengo [rescatada

a la muerte y al tiempo y (al olvido, fortuna hecha con lo ya [perdido,

más abundante cuanto Imás menguada, no me veré bastante Lenriquecido hasta saber que no me Iqueda nada J. L. B.

CRITICA REVISTA MULTICOLOR - Mayor circulación sudamericana Buenos Aires, Noviembre 11 de 1933